

BOLSILIBROS
BRUGUERA

**SORTEO DEL
MILLON**

la conquista
DEL ESPACIO

EL URANIDA

peter kapra

CIENCIA FICCION



**YA ESTA A LA VENTA
LA NUEVA SERIE**

SELECCION

TERROR

Creada para aquellos lectores que poseen nervios de acero y no temen traspasar las fronteras de lo irreal y adentrarse en un mundo desconocido, aterrador como una pesadilla, apasionante como la más increíble de las aventuras.

**PETER
KAPRA**

EL URANIDA

Colección
**LA CONQUISTA DEL
ESPACIO n.º157**
Publicación semanal
Aparecen los VIERNES



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

BARCELONA - BOGOTA - BUENOS AIRES -

CARACAS - MEXICO

Depósito legal: B. 24.191-1973

ISBN 84-02-02525-0

Impreso en España - Printed in Spain

1.^a edición: agosto, 1973

© **PETER KAPRA - 1973**

texto

© **ALBERTO PUJOLAR - 1973**

cubierta

Concedidos derechos exclusivos a favor
de **EDITORIAL BRUGUERA, S. A.**
Mora la Nueva, 2. Barcelona (España)

Impreso en los Talleres Gráficos de **Editorial**
Bruguera S. A.
Mora la Nueva, 2 – Barcelona – 1973

Todos los personajes y entidades
privadas que aparecen en esta

novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia.

ULTIMAS OBRAS PUBLICADAS EN ESTA COLECCION

- 152 — Ultimo aviso.—Marcus Sidereo.
153 — Terror en el infinito. —ndley.J. Chandley.
154 — El planeta de los hombres perdidos.
A. Thorkent.
155 — Gas neutro. — Marcus Sidereo.
156 — Peligro en el «Tierra-2». — J. Chandley.

"La raíz de la violencia

está siempre en la

injusticia."

Pablo

VI, **papa.**

CAPITULO PRIMERO

Al ver entrar a Diana en la tienda, Jack se azoró, enrojació y no atinó a poner en su sitio los paquetes que tenía en la mano.

—Ho... ¡hola! —sólo acertó a decir.

Ella sonrió con encantadora gracia.

—Hola Jack. ¿Cómo estás?

—Bien, ¿y tú? —Había risa en los labios y los ojos de la juvenil Diana.

—¡Caramba, chico; cualquiera diría que te intimida una muchacha!

—¿Me intimida? ¿Quién? ¿Tú?

—No sé... Jamás me he comido a nadie,

—¿Qué quieres?

—Varias cosas. Las llevo aquí anotadas.

—A ver —dijo él, extendiendo la mano.

Diana Wisley era una adorable criatura de diecisiete años, alta, bien proporcionada, esbelto cuello, facciones ovaladas y ojos grandes y azules, con una cabellera dorada cayéndole sobre hombros y espalda como áurea capucha de gracia delicada.

Jack Nathan, por el contrario, era un muchacho corriente, de veinte años, delgado, rostro anguloso, cabello castaño e hirsuto, y de un temperamento retraído y tímido, sin llegar a la cortedad o la introversión.

En realidad, Jack estaba enamorado de Diana desde muchos años atrás, cuando ella no era más que una niña, y jugaban juntos en la calle. Pero, últimamente, cuando ella se había convertido en

mujer de exuberantes formas, sus sueños se habían agitado frecuentemente con la grata visión de la joven.

—Todos dicen que eres muy reservado, Jack — siguió diciendo Diana.

—Tal vez. Eso no es malo.

—¡Reservado y tímido! —insistió Diana, deliberadamente.

Jack fingía leer la nota que la muchacha le había entregado.

—Te equivocas... No soy tímido.

—¿Por qué no me llevas a bailar el domingo, a la feria?

Diana había ido a la tienda de los Nathan con el deliberado propósito de comprometer a Jack para que fuera su partenaire en la fiesta popular que se avecinaba.

Y Jack pareció encogerse sobre sí mismo.

—Lo siento, Diana. No sé mover un pie. Haría el «ridi».

—Eso tiene fácil arreglo. Yo puedo enseñarte, de aquí al domingo. ¿Quieres que te dé lecciones de baile, Jack?

—Pues... No me atrevo a ir a tu casa,.. Tu padre es muy..., muy serio... Un juez es impresionante.

—¡Qué tonto eres! Mi padre es como el tuyo o como cualquier otro padre. Es muy bueno conmigo. Pero..., ¡podemos hacer otra cosa! ¿Por qué no vamos a Hurón Plain? Tú tienes la furgoneta de la tienda. Yo llevaré mi pick-up a pilas y un álbum de discos modernos. ¿Te gustan The Shadow? ¿Y Bretty? Tengo el último disco de Sam Fresno. ¿Por qué no vamos esta

tarde?

Jack Nathan estaba loco por decir que sí. Pero la situación era difícil y embarazosa. Por fin, sin embargo, se decidió:

—Bueno.

Diana sonrió y tendió la mano a Jack.

—¿A las cinco?

—Sí... A las cinco —murmuró él.

Resultó, sin embargo, que la furgoneta del reparto la utilizaba Henry Colé, empleado del padre de Jack. A medida que se acercaba la hora, la impaciencia del joven tímido iba en aumento.

Jack se había cambiado de camisa, puesto una corbata y tomado un jersey rojo. Para una lección de baile, al aire libre, iba bien de aquel modo.

«Si Henry no vuelve a tiempo... No puedo hacer esperar a Diana...! Ahora, debe estar dejando los paquetes en la granja de los Rowllins... Recogerá las bandejas de los huevos... ¡Por favor, Henry, ven cuanto antes...!»

Pero la inquietud del muchacho se disipó, al ver asomar la furgoneta azul por el extremo de la calle. Poco después, se detenía ante la tienda.

—¡Al fin, Henry! ¡Creí que no llegabas!

—Te lo prometí, ¿no? Incluso le he puesto gasolina.

—¡Eres un ángel, Henry!

—¿Un ángel? ¡Ah, ya decía yo que me olvidaba algo! Tengo que dar un recado al sheriff Winn. El señor Rowllins dice haber visto un platillo volante.

—¿Cómo? —exclamó Jack, mientras subía a la

furgoneta.—¡Bah! Supongo que debería estar borracho. El alcohol le haría ver visiones. Pero se puso muy pesado, insistiendo para que se lo dijera al sheriff... ¡Allá ellos! Yo nunca veo cosas de esas.

Jack consultó su reloj de pulsera. Eran las cinco menos dos minutos.

—Bueno, Henry. Ya cerrarás tú la tienda.

—Sí, pierde cuidado.

Puso Jack en marcha el motor caliente, y se agarró al volante con fuerza. Por el espejo retrovisor, vio a Henry agitar la mano derecha, sonriente.

«Es un buen chico... ¡Ah, si supiera quién es la hermosa criatura que me está esperando!»

Alegre de corazón y mente, Jack dobló la esquina y se acercó lentamente a la acera, deteniéndose ante un edificio de una sola planta, rodeado de un verde césped y setos con rosas, en donde había un letrero, que de noche se volvía luminoso, en donde se leía: «Bodas en el acto. Honorable juez Wisley».

Al inclinarse sobre la ventanilla opuesta, creyó distinguir el rostro de Diana, desapareciendo detrás de los visillos de una ventana. Ni siquiera se atrevió a saludar con la mano, por temor a que le viera el «grave» juez.

Pocos instantes después, Diana, con blue-jeans, zapatillas de goma y un jersey gris perla, que realzaba ostensiblemente su figura y redondeaba de modo maravilloso sus senos, apareció en la puerta de la casa, llevando una maleta marrón en las manos.

—¡Hiii, Jack! —gritó.

El le abrió la portezuela de la furgoneta, y la

muchacha subió ágilmente, sentándose y dejando el tocadiscos a sus pies.

—¿Puntual? —preguntó ella, sonriendo, coqueta.

—Hubiera podido esperar un poco. ¿Se lo has dicho a tu padre?

—¡Oh, sí! Me ha dicho que no vuelva muy tarde... ¡He metido también unos sándwiches y dos botellas de limonada!

—¿Todo está ahí dentro? —se sorprendió Jack, arrancando el vehículo.

—Sí. Sólo he puesto media docena de discos.

Salieron al centro de la calzada. Jack saludó a unas personas que iban por la acera. Le agradaba que le vieran con Diana. Los vecinos de Canyon Creek se conocían todos, y el hijo de Nathan era un muchacho serio-

—Dice Henry que el granjero Rowllins ha visto un ovni —habló Jack, por decir algo.

—¿Un ovni? ¿Dónde?

—Bueno, no lo sé... Cerca de su granja, supongo. Eso está en Reinbow Ridge. Vamos hacia aquella zona.

—¡Oh, qué emocionante! —exclamó Diana—. ¿No te gustaría ver uno de esos misteriosos platillos?

—Creo que todo eso es una majadería —replicó Jack—. ¿Qué pueden hacer esos aparatos aquí si, como dicen, vienen de lejanos mundos? Yo creo que no existen tales ovnis.

—¡Hay mucha gente que los ha visto!

—La mayor parte son invenciones, figuraciones, fenómenos naturales. ¿Y quién te dice que el Gobierno no está probando secretamente un tipo de aparato

volador, cuyas experiencias no desean revelar?

—¡Bah! ¿Y qué nos importa eso? Hurón Plain era un lugar bucólico, cerca de un estanque, altos álamos y terreno liso y verde. En verano solían acudir allí familias a pasar el domingo, e incluso llegaban turistas de otros Estados, y acampaban entre los árboles.

En aquellos días de principios de primavera, el lugar estaba desierto, fresco y silencioso.

Pronto estuvieron Jack y Diana siguiendo el ritmo de The Shadows, y se contorsionaron al compás de la desgarrada música de Sam Fresno, el ídolo californiano.

—Así, Jack..., ¡así, así! —decía Diana, insistentemente

—. ¡Lo haces muy bien! ¡Estupendo!

Diana, que se había recogido el dorado cabello con un lazo, y le colgaba a la espalda, en forma de cola, se agitaba de modo vibrante, encogiéndose y enderezándose, mientras movía piernas y brazos al ritmo de la música del pick-up a pilas que habían dejado en el suelo.

—¿Quién te dijo que no sabías bailar? ¡Vamos a ser la pareja más admirada de la feria, Jack!

El estaba cada vez más animado. Parecía fácil, y lo había visto muchas veces en la televisión. Saltar, ladearse a derecha e izquierda, mover brazos y piernas.

Diana estaba frente a él, haciendo casi lo mismo, pero con más gracia y soltura. Y, con frecuencia, ella se acercaba a él, le tomaba las manos, y sus alientos, jadeantes, se confundían con la proximidad, incluso, se

detuvieron, al acabarse un disco, y se miraron profundamente a los ojos. ¿Qué se dijeron con la mirada? ¿Que se comprendían, que se amaban ya desde tiempo atrás, y ahora, como hombre y mujer, se buscaban, siguiendo el natural instinto de los seres vivientes?

¿Acaso surgió en ellos el amor mutuo y lógico?

Pero también ocurrió que el tiempo, inexorable, fue transcurriendo, y la tarde empezó a declinar. El sol, que hasta entonces había sido testigo y luminaria de la lección de baile, como hastiado de ver siempre lo mismo en la Tierra, se ocultó detrás de las colinas, y el crepúsculo empezó a extenderse, lentamente, sobre el territorio.

De pronto, Diana se detuvo a consultar su reloj.

—¡Oh, qué tarde es, Jack! ¡Se ha pasado el tiempo volando!

Sólo habían interrumpido el baile para tomar los emparedados e ir hacia la orilla del estanque, donde saltaban las ranas entre los pámpanos. Ahora, tenían que regresar al pueblo.

—Yo me estaba divirtiendo mucho —replicó Jack.

Llevaban casi dos horas en aquel lugar. Esto, para Jack, era una experiencia nueva, emocionante. La pequeña «diosa» de sus sueños, materializada y hecha carne, amenazaba con desaparecer y volver a sus bosques, cual ninfa evanescente.

—No tenemos prisa —añadió—. Estaremos en Canyon Creek antes de que sea hora de cenar.

Ella no replicó. Bailaron un poco más y la oscuridad empezó a extenderse. Fue entonces cuando

Diana « agachó y cerró el tocadiscos.

—Ya es tardé, Jack. Vámonos.

—Sí.

Ella le miró, acariciándole con una sonrisa llena de promesas.

—Podemos volver mañana, si quieres.

—¿Tienes miedo de mí, Diana?

—¿Miedo? ¡Qué tontería! Pero hemos de evitar que la gente murmure. Ya sabes cómo son en Canyon Creek.

—Eres muy juiciosa, Diana.

—Soy la hija de un juez.

Ambos rieron alegremente. Ahora, sin embargo, ella se había recostado contra el tronco del álamo.

—Lo he pasado muy bien, Diana.

—Yo también. ¿Volvemos mañana?

—Sí. Traeré otros discos... ¡Ah, el sábado por la tarde, vamos de excursión! ¿Por qué no te unes a nosotros? Saldremos después de comer. Chicos y chicas, del Country Club.

—Me gustaría, Diana. Pero trabajo hasta tarde.

—¿Por qué no buscas quién te sustituya? ¡Te divertirás...!

Echaron a andar hacia donde habían dejado la furgoneta.

—¿Adonde vais?

—A Little Lake.

—Ya lo conozco. Lo que no sé es si Henry podrá dejarme otra vez la furgoneta. El sábado hay demasiado reparto.

—¡Inténtalo, Jack; me gustaría mucho que

vinieras!

—pareció suplicar ella—. Tenemos permiso hasta medianoche. Me ha dicho Betty que cenaremos allí, en torno a un fuego campamental.

El no respondió. Estaba pensando intensamente en Diana, en buscar el modo de permanecer a su lado el mayor tiempo posible. Sí, ¡claro que haría lo posible por acompañarla! El también conocía a varios muchachos del Country Club.

La furgoneta estaba allí, junto al sendero. Jack ayudó a la joven a subir a la cabina, dándole después el maletín que contenía el tocadiscos. Luego, rodeó el vehículo y subió él también, instalándose ante el volante.

En aquel instante, Diana se agarró a su brazo y apoyó la cabeza en el hombro de él.

—¡Eres muy guapo, Jack! —exclamó, sonriendo de modo turbador.

—Tú también, Diana.

Pero se apresuró a poner el motor en marcha. Se sentía cohibido y como desplazado, porque era ella, con su natural espontaneidad, la que decía todo lo que hubiera tenido que decir él.

—No nos vayamos tan pronto, Jack —musitó ella, sorprendiéndole—. Espera unos minutos.

—¿Esperar? Ya es casi de noche.

—Quiero hablar contigo, Jack —musitó ella, apenas sin voz.

—¿De qué?

—inquirió él, volviéndose a mirarla.

Sus rostros estaban muy cerca... ¡Casi rozándose!

Jack sintió como si su corazón emitiera algunos latidos. Y su mente se exaltó, confundiéndose sus ideas y sus sentidos. «¡Qué preciosa eres, Diana!, creyó decirse. Si tuviera valor, te besaría los labios...! ¡Qué ansias tengo de besarte, amor mío! ¿Estaría bien? ¿Qué dirás?»

Diana se acercó más a él, como una gatita buscando el calor del regazo amigo.

—Ya es casi de noche, Diana —dijo Jack, con voz ahogada—. Hemos de volver al pue...

Jack se detuvo, vibró todo él, se envaró y quedó rígido, con la vista clavada en algo que acababa de surgir entre los árboles, y se había tenido delante de la furgoneta.

Instintivamente, alargó la mano y dio al contacto, encendiendo las luces de carretera.

Y lo que vio, ahora con toda claridad, le hizo lanzar un grito:

—¡Eeeh!

Diana, sobresaltada, también se incorporó.

—¿Qué...? —empezó a preguntar, pero se interrumpió al ver la iridiscente forma, de aspecto humano o humanoide, que estaba inmóvil, como cegado por la luz de los faros.

Los pensamientos se atropellaron en las mentes de ambos. Diana creyó que alguien trataba de embromarlos, aunque la broma parecía fuera de tiempo y lugar. Además, el aspecto de la figura iridiscente, plateada o dorada —porque no podía precisar con exactitud—, era impresionante.

En cierto aspecto, parecía un astronauta, como los

que había visto en la «tele», pertenecientes a la NASA, y que protagonizaron la conquista de la Luna. Tenía brazos y piernas y se cubría la parte superior con una escafandra esférica, de la que surgía una pequeña y singular antena, y, no obstante, algo en aquella figura hacía presentir su origen extraterrestre, aunque sólo fuera por asociación de ideas, y recordando lo que Henry Colé había dicho poco antes, acerca del ovni visto por el granjero Rowllins.

Era imposible verle el rostro, porque estaba cubierto por una pantalla, como de cristal ahumado. Además, en su atavío llevaba cosas insólitas, jamás vistas, y que debían serle de alguna utilidad, como eran unas cintas correas metálicas en torno al pecho.

Su estatura era normal. No era robusto y empuñaba un extraño objeto con la mano derecha. Además, sobre el vientre lucía algo así como una caja, adaptada al cuerpo, de color azul brillante.

La aparición permaneció inmóvil durante unos segundos, que a los jóvenes parecieron horas, inmóviles y petrificados, como estaban. Ninguno habló, pero la más intensa emoción estaba ahora reflejada en sus semblantes.

—Esto... ha... de... ser... una... broma —balbució, al fin, Diana—. Alguien se ha vestido así para darnos un susto.

De súbito, la figura se movió de nuevo, avanzando con pasos lentos y torpes hacia el vehículo, a la vez que parecía mostrar a los jóvenes el extraño aparato que llevaba en la mano, y que después habría de resultar ser el más complicado micrófono que hubieran

visto jamás.

—No temáis. No os causaré ningún daño.

Diana se apretujó contra Jack, como buscando protección en el hombre. La voz había llegado perfectamente a los oídos de ambos y no parecía tener origen en ninguna parte, como si sonara dentro de una cámara de resonancias acústicas, con modulaciones metálicas, algo graves, y de timbre un tanto raro.

Sin embargo, se había expresado en correcto inglés.

—¡Dios mío! —exclamó Jack, intuyendo que la aparición podía ser sobrenatural.

La extraordinaria figura continuó avanzando, siempre dentro del foco de luz de la furgoneta, hasta salir de allí y acercarse a la portezuela, al lado de Jack. Su mano derecha se alzó ahora, como apuntando con el extraño objeto al joven.

—Quiero hablar con vosotros. Por favor, escuchadme.

Jack reaccionó entonces. Extendió la mano y giró la llave del contacto, con intención de poner el motor en marcha y salir de allí a toda velocidad, dejando atrás al inquietante personaje.

¡Pero su asombro fue grande al comprobar que el motor no se ponía en marcha!

—Es inútil. He anulado el circuito de encendido —dijo la figura que estaba junto al vehículo—. Podría anular también vuestra voluntad. Pero no temáis. Por favor, tranquilizaos. No me propongo haceros ningún daño.

—¿Quién... es... usted? —logró, no sin esfuerzo,

preguntar Jack.

—Mi nombre suena como Diist. Pero no pertenezco a este planeta. Vengo de muy lejos, a realizar una importante misión... Soy lo que vosotros llamáis un uránida.

—¿Un uránida? —repitió Jack, con dificultad, porque se le había secado la boca, y apenas podía articular palabra.

—Sí, del planeta que vosotros llamáis Urano... Bajad, por favor.

Como impulsado por una fuerza ajena a su voluntad, Jack abrió la portezuela y saltó a tierra, seguido de Diana, que descendió por el otro lado, y se acercó, rodeando la parte delantera del vehículo.

Ahora, vista de cerca y sólo gracias a la luz indirecta de los faros, la figura iridiscente poseía un aspecto menos sobrecogedor e irreal.

Pudieron apreciar que al supuesto uránida no se le veía el rostro. La placa esférica que lo cubría era oscura y brillante, y parecía tener unas estrías, en la parte interior, a modo de ranuras muy delgadas.

—Sé que sois de un pueblo de las cercanías, llamado Canyon Creek —siguió el extraordinario individuo, con su voz peculiar, la cual parecía modularse en el aire, en distintos lugares a la vez, con singular resonancia—. Conozco vuestro lenguaje. Lo he asimilado perfectamente con unos circuitos de registro sonoro.

«Personalmente, es la primera vez que vengo a la Tierra. Pero mis semejantes han estado viniendo aquí desde hace muchos siglos. Por eso sabemos tantas

cosas de vosotros.

—¿De verdad pertenece usted a otro mundo? —preguntó Jack.

—Sí, Jack Nathan.

—¿También conoce mi nombre?

—Sí. Estoy captando perfectamente tus pensamientos y los de tu amiga. Me veo obligado a penetrar en vuestra intimidad, por decirlo así, como medida preventiva. Sé que vuestra raza es muy agresiva.

—¿Y qué desea de nosotros? —preguntó Diana, que empezaba a recuperarse de su estupor.

—Es bastante simple y os lo diré inmediatamente. Quiero una entrevista con el presidente de los Estados Unidos. Necesito hablar con él de algo sumamente importante.

—¿Por qué no se ha dirigido a Washington? —preguntó Jack—. El presidente reside en la Casa Blanca.

—No me es posible ir hasta allí por diversos motivos. Deseo mantenerme cerca de mi nave y quiero que el presidente venga a verme aquí.

—Creo que no vendrá —dijo Jack, seriamente.

—Tiene que hacerlo —añadió el hombre o ser que decía llamarse Diist—. No soy un ser de este mundo. Procedo de otro planeta distinto y debo transmitirle un importante mensaje.

»Os diré lo que habéis de hacer. Ya lo he pensado bien. Diana Wisley permanecerá aquí conmigo, en calidad de rehén, Mi nave se encuentra detrás de esos árboles.

—Yo no me quedaré aquí, con usted —exclamó Diana, retrocediendo unos pasos.

—Nada debes temer de mí, jovencita —dijo Diist—. No te causaré ningún daño. Puedes estar segura» Pero debo añadir que puedo dominar tu voluntad. Y, para que te convenzas, te ordeno que andes en esa dirección unos seis pasos, te detengas y luego des media vuelta.

—¡No! —gritó Diana.

Pero, envarándose como si fuera una sonámbula, obedeció las órdenes telepáticas del otro, quedándose luego en rígida postura.

—¡Quieto, Jack Nathan! —añadió, vibrante, la metálica voz del extraño personaje, cuando el muchacho hizo ademán de abalanzarse sobre él—. Insisto en decir que no os causaré daño alguno. Por el contrario, recibiréis beneficios de mí. Ahora, sin embargo, necesito vuestra ayuda.

»Quiero que regreses a Canyon Creek, desde donde llamarás por teléfono a Washington. Habla con el presidente de los Estados Unidos. Quiero que venga aquí, mañana mismo, en avión. Es preciso que yo hable con el. ¿Me entiendes? Debes decirle que acuda solo, sin guardianes, sin policía... ¿De qué te ríes?

Jack no pudo contener una carcajada. Sin embargo, su semblante no expresaba hilaridad.

—¿Está usted soñando, amigo? ¿Quién cree que es el presidente de los Estados Unidos?

—Lo sé muy bien —replicó el inquietante personaje plateado—. Es ese hombre.

Al decir esto, Diist movió la mano derecha y

accionó el singular objeto que llevaba en ella. Al mismo tiempo, un cono de luz opalescente brotó del instrumento. ¡Y, en el aire, a escasos metros, apareció, con toda nitidez, la imagen, en relieve, del presidente de los Estados Unidos, en una alocución al país efectuada unos días antes!

—Esto es un holograma de vuestro presidente. Y no me preguntes cómo se proyecta en el aire, porque no lo comprenderías nunca. Es sólo para que veas que le conozco. Necesito hablar personalmente con él, ¡Tiene que venir a verme, solo! ¿Comprendes, Jack Nathan?

El joven tuvo dificultad en recuperar el habla.

—Puedo llamar a Washington, sí. Pero dudo mucho que hable con el presidente. Me atenderá la última telefonista de la Casa Blanca.

—Debes decir que te lo he mandado yo. Diles quién soy. Pero no digas a nadie dónde estoy, excepto al propio presidente. Sé que te escucharán.

—Ahora, Jack Nathan, vete. El tiempo va a cambiar pronto y eso puede entorpecer mis propósitos. Todavía no puedo hacer nada contra el clima de este planeta.

»Y no temas por tu amiga. No le sucederá nada, puedes estar seguro.

El joven no replicó. Como si una fuerza externa le impulsara, dio media vuelta de modo maquinal y subió a la furgoneta. En realidad, se encontraba bajo el influjo del uránida.

Sin fijarse en Diana, que continuaba al lado del sendero, como una estatua, Jack dio al contacto y el

motor del vehículo se puso en marcha inmediatamente.

Antes de arrancar, para alejarse, aún escuchó la voz de Diist, que le decía:

—No hagas caso a lo que te digan en Canyon Creek... ¡Y no hables con nadie de mí!

Jack se apresuró a marchar, agarrado febrilmente al volante. En pocos segundos dejó atrás a Diana y al extraño e inquietante sujeto. En su mente sólo había una idea: ¡era preciso llegar al pueblo cuanto antes!

A los pocos segundos, un relámpago iluminó el firmamento. La tempestad, como había predicho el uránida, se aproximaba. Su nerviosismo se acentuó.

No quería pensar en lo que había ocurrido. ¡Era todo tan insólito! Estaba muy preocupado por Diana, a la que no debió dejar con el extraordinario individuo. Pero, ¿qué podía hacer?

Se le ocurrió pensar en acudir a la oficina del sheriff y contar al representante de la ley todo lo ocurrido. Claro que si hacía esto podría perjudicar a Diana, puesto que el uránida le había dicho que no hablase con nadie.

Y de aquel modo, sin saber qué hacer ni qué pensar, sumido en el más espantoso caos emocional de su existencia, Jack siguió conduciendo la furgoneta, mientras el cielo, negro cárdeno, se iba cubriendo rápidamente de nubes amenazadoras, a la vez que un viento huracanado agitaba los árboles.

Al poco, le sorprendió un fuerte aguacero. Hubo de conectar el limpiaparabrisas, porque apenas si distinguía el asfalto de la carretera, pero no aminoró la

marcha, ávido de llegar cuanto antes a su destino.

Al fin, aparecieron las luces del pueblo. La lluvia era intensísima cuando se detuvo frente a la oficina de correos y telégrafos, bajo cuyo soportal se habían refugiado algunos individuos pertenecientes a la compañía maderera.

Jack saltó de la cabina y corrió hacia la oficina, abriéndose paso a empujones entre los leñadores.

—¡Eh, cuidado! ¿A qué tanta prisa, por unas gotas de agua? —exclamó uno de los hombres.

Pero Jack, sin hacerle caso, entró en el edificio y se acercó al mostrador de madera, tras el que había un hombre delgado y con gafas.

—Por favor, señor Hillcott —suplicó el joven—. Larga distancia. ¡Es muy urgente!

—¿Qué te ocurre, Jack? ¿Has visto al yeti de los bosques? ¡Estás pálido! ¿Adonde quieres llamar?

. —¡A Washington! ¡Póngame con la Casa Blanca! ¡Tengo que hablar con el presidente de los Estados Unidos!

El serio y delgado señor Hillcott se incorporó, abriendo desmesuradamente los ojos.

—¿Te has vuelto... loco, Jack?

Fuera, un espantoso trueno sacudió violentamente la atmósfera.

—Por favor, señor Hillcott —suplicó Jack, vehemente—. ¡Haga usted lo que le digo! ¡Es un caso apremiante..., de vida o muerte!

Sin replicar, el señor Hillcott tomó el teléfono que tenía sobre su mesa y marcó el número de la oficina del sheriff Winn. Su semblante parecía una máscara.

CAPITULO II

El malencarado y huesudo comisario Quincy era un hombre inculto y fanfarrón. Llegado unos años atrás a Canyon Creek, pidió trabajo en la Compañía Maderera, pero el ingeniero Mulligan, a quien no gustó su aspecto, lo rechazó y Quincy hubo de vagar algunos días por el pueblo, ocioso y sin dinero, hasta que, por lástima, el sheriff Winn lo contrató como comisario, cargo en el que no ganaba mucho, pero podía jactarse de llevar revólver y hasta se permitía amenazar a los leñadores que armaban alboroto en el bar de Ernie.

Alee Quincy no era más que un pobre infeliz.

Aquella tormentosa noche, requerido por David Hillcott, el empleado de correos y telégrafos, el comisario Quincy no tardó en presentarse, chorreando agua, enojado y agresivo.

Dentro de la oficina, uno de los leñadores, recio y barbudo, sujetaba a Jack Nathan, el cual se debatía, balbuceante y lloroso.—¿Qué sucede aquí? —preguntó Quincy. David Hillcott, saliendo de detrás del mostrador, señaló a Jack y dijo:

—Este importante personaje quiere hablar por teléfono, nada menos que con el presidente de los Estados Unidos.

Alee Quincy bizqueó, —¿Hablar con el presidente?

—¡No se burlen! —gritó Jack—. ¡Esto es más serio de lo que parece!

—Naturalmente que sí! ¿Y para qué quieres hablar

con el presidente, hijo?

—Debo pedirle que venga inmediatamente a Canyon Creek —replicó Jack, tratando de librarse de la férrea mano del barbudo leñador.

Alee Quincy se volvió a David Hillcott» —¿A qué espera, señor Hillcott? ¡El muchacho quiere hablar con el presidente!

—¡No se burle, comisario! —rogó Jack—. ¡Es cierto! ¡Tengo que llamar a Washington!

—¿Para pedir al presidente que venga a Canyon Creek?

—Sí. Eso es lo que me han... —¿Quién te ha metido en la mollera esa estúpida idea?

Jack recordó las órdenes recibidas del extraordinario sujeto hallado en Hurón Plain y apretó los labios. Pensó también en Diana Wisley y un estremecimiento recorrió su médula espinal. Llegó, incluso, a comprender la intransigente actitud del señor Hillcott y del comisario Quincy. ¿Qué derecho tenía él para pedir una conferencia telefónica con el primer magistrado de la nación?

A pesar de todo, Jack comprendió que no debía decir la verdad. La vida de Diana estaba en peligro.

Se revolvió contra el barbudo leñador que le sujetaba y gritó:

—¡Suélteme ya! ¡No soy un forajido!

El hombre le soltó, sonriendo.

—Está bien, hijo. Ya está aquí el comisario. Por lo que a mí respecta, puedes llamar por teléfono a Papá Noel, si es tu gusto.

En aquel instante, otro, horrísono trueno hizo

estremecer el cielo.

—¡Cuernos! —exclamó David Hillcott, para añadir, mirando al joven—: De todas formas, aunque quisiera, no podría ponerte con Washington. La línea está cortada desde hace rato.

—¿Habla usted en serio? —replicó Jack—. De no ser cuestión vital, no habría venido. Diana Wisley se ha quedado en Hurón Plain y...

Alee Quincy, que había estado mirando intensamente a Jack, exclamó:

—¿La hija del juez?

—No puedo... ¡No puedo decir nada! ¡Tiene usted que creerme, comisario! ¡Dios mío, qué embrollo!

Ahora fue Quincy quien agarró a Jack del brazo, apretándoselo con fuerza y mirándole intensamente a los ojos.

—Tú saliste con Diana Wisley esta tarde. ¿Qué ha sido de ella?

—¡No puedo decir nada! ¡Lo juro!

Ante la aterrada expresión del joven, David Hillcott observó:

—No quieres decir nada delante de nosotros, ¿verdad?

—Es posible —admitió Quincy, secamente—. Pero yo le vi irse en la furgoneta del almacén, con Diana Wisley. ¿Qué has hecho de ella? ¿Dónde está?

—Se quedó en... Hurón Plain —terminó por decir Jack, a punto de romper a llorar.

—¿Y no te da vergüenza dejar a una muchacha en aquel paraje desierto, con este tiempo infernal? ¡Iremos a buscarla ahora mismo! ¿Tienes la furgoneta

ahí?

—¡No podemos ir! —gritó Jack, forcejeando con el comisario—. ¡Hay que buscar el modo de comunicarse con el presidente.

Perdida ya la paciencia y comprendiendo que algo debió ocurrir entre los dos jóvenes, en Hurón Plain, posiblemente debido a alguna discusión, pero que una muchacha se hallaba sola en un paraje desierto, bajo una gran tormenta, lejos del pueblo y de su familia, Alee Quincy tiró de Jack Nathan hacia la puerta.

—¡Ahora mismo vamos a buscar a Diana Wisley!

* * *

Nadie escuchó las protestas de Jack. El comisario le obligó a meterse en la furgoneta, ante la mirada burlona de los leñadores, que continuaban en el porche de la oficina de correos y telégrafos.

Fue Alee Quincy quien empuñó el volante, farfullando:

—¡No me mientas, Jack Nathan! Si has discutido con la hija del juez y le has dado plantón en Hurón Plain, dímelo. Esa chica no puede quedarse allí, con este temporal. ¿Es que no te das cuenta?

Jack comprendió que debía confiar en alguien. La situación se estaba complicando, con la lógica sospecha del comisario. Sintió la necesidad de explicar lo ocurrido. No obstante, Alee Quincy era el menos indicado para comprender la increíble verdad. Por esto, preguntó:

—¿Dónde está el *sheriff* f Winn?

—Salió esta tarde, hacia Adler Peak. Todavía no ha vuelto.

La furgoneta, conducida por Quincy, corría sobre el encharcado asfalto. El agua continuaba cayendo con intensidad y el cielo se iluminaba con frecuencia, a consecuencia de los relámpagos, cuyos estampidos llegaban amortiguados por el ruido del motor del vehículo.

—No he dejado abandonada a Diana, comisario

—habló Jack, alzando la voz.

—Pero no puedo explicarle lo que sucedió. Temo que pueda ocurrirle algo grave.

—¡Claro que le puede ocurrir! —barbotó Quincy—. ¡Pero allá tú con tu chifladura! ¡Ya oirás a su padre, cuando se entere! Supongo que habréis tenido una disdiscusión tonta. Ella se enojó y tú la dejaste plantada. ¿No se dejó besar por ti?

—¡No! —chilló Jack—. ¡Yo no haría eso con...!

—¿Por qué has vuelto solo? ¿Ya qué se debe esa chifladura de querer hablar con Washington?

—¡No va usted a creerme, comisario! —chilló Jack—. ¡Se nos apareció un uránida!

—¿Eh? ¿Un qué?

—Un tipo de otro planeta.

—¡Ya me parecía a mí...!

—¡Le hablo en serio! Diana Wisley se ha quedado con él. Nos dijo que tenía su nave oculta detrás de los árboles. A mí me envió con el mensaje, Diana se quedó con él. Me rogó que no se lo dijera a nadie.

Jack comprendía muy bien que no debió decir

aquello. Pero las circunstancias le obligaban. Era imposible resistir más. Por otra parte, si se había cortado la línea telefónica con Washington, era imposible cumplir el encargo de Diist.

—¡Tiene usted que creerme! —insistió Jack—. Pronto le verá usted, comisario. Es una especie de marciano, que lleva un traje de astronauta, plateado.

—No creo en cuentos infantiles, hijo. Y empiezo a sospechar que hay algo muy turbio en todo esto..., ¡porque no quiero creer que estás loco!

—¡Le digo la verdad!

Jack dio a Quincy toda clase de datos acerca del uránida. Repitió, palabra por palabra, todo lo que habían hablado en su encuentro. Pero el comisario se limitó a sacudir dubitativamente la cabeza.

—Si existe ese uránida, yo lo arreglaré. Pero como creo que todo es una fábula inventada por ti, ¡te arreglaré a ti!

La lluvia seguía cayendo con violencia. Quincy había aminorado la marcha, al llegar al desvío y ahora la furgoneta brincaba sobre el irregular y embarrado camino de Hurón Plain.

—¡Maldito tiempo! —rezongó Quincy.

Por su parte, Jack, comprendiendo que era perder el tiempo el tratar de convencer a Quincy, se encerró en un hosco mutismo, hasta que llegaron a las cercanías de su destino.

Entonces, Alee Quincy preguntó:

—Y bien, ¿dónde está Diana Wisley?

Diana Wisley había experimentado una extraña sensación de impotencia física cuando Diist la obligó a

caminar contra su voluntad. No podía comprender qué resorte de su mente se anuló, ni lo que sucedía en su cerebro. Fue algo sorprendente y nuevo.

Oía, veía y pensaba. Percibía el miedo en todas las células de su cuerpo y comprendía la apremiante necesidad de huir, echando a correr. ¡Pero no era capaz de mover un solo pie!

Ni siquiera pudo mover una pestaña hasta que la furgoneta conducida por Jack se perdió de vista, en la oscuridad del camino. Ni tampoco pudo moverse cuando quedó a solas con aquella increíble figura de sobrenatural aspecto, que se acercó a ella caminando sobre dos pies enfundados en algo parecido a botas metálicas.

—Por favor, Diana. No temas nada. Estando tú aquí Jack cumplirá mi encargo.

—Si no vuelvo a casa para la hora de la cena, mi padre se alarmará —creyó Diana que estaba diciendo. Y así debió ser, puesto que el uránida se detuvo ante ella. —Posiblemente —dijo, con aquella voz metálica, que parecía surgir de cualquier parte, excepto de donde debía tener la boca—. Pero necesito ayuda y éste es el único modo de conseguirla. Debo transmitir mi mensaje a vuestro presidente. Quizá, la vida de todos los uros dependa de esa importante entrevista.

—¡Quíteselo de la cabeza, señor Diist! —gritó Diana—. ¡El presidente no vendrá a verle a usted!

—Tiene que hacerlo y lo hará..., porque yo no puedo ir hasta donde está él.

—¿Hemos de esperar aquí toda la noche?

—No. Pronto va a empezar a llover. Será mejor

que vayamos al interior de mi astronave. Ven, sígueme.

Al concluir de decir esto, Diist iluminó el objeto metálico que llevaba en la mano y un foco de luz blanca se deslizó sobre el suelo.

Diana vaciló. Ignoraba si podría mover los pies. Supuso que sí, aunque su miedo iba en aumento. Pero su curiosidad fue mayor. Y por este motivo siguió al uránida hacia los árboles.

El foco de luz blanca siempre iba dirigido al suelo, delante de los pies de la joven. El alienígena no parecía necesitar luz para orientarse. Debía poseer el don de ver en las sombras.

En aquel instante empezó a llover. El cielo se iluminó con un fuerte relámpago y los árboles que les rodeaban parecieron platearse durante una fracción de segundo, como si quisieran dar aspecto más irreal al paisaje.

—Nosotros logramos dominar a los elementos naturales —habló Diist—. Hace cientos de siglos que carecemos de tempestades y sólo empleamos la lluvia artificial.

—¿Cómo es su mundo, señor Diist?

—Seederg, el planeta que aquí se conoce con el nombre de Urano, es muy antiguo y ha estado siempre densamente poblado. Sólo tenemos una inmensa ciudad, habitada por más de veinte mil millones de seres como yo.

»Sin embargo, si pudieran llegar hasta nosotros las naves espaciales de otros mundos, jamás podrían encontrarnos. Ahí está mi nave.

Diist, que avanzaba despacio entre los árboles, se había detenido de pronto, moviendo la mano y haciendo que el foco de luz blanca se dirigiera hacia el lugar en donde Diana pudo ver algunos árboles caídos y desmochados, que parecían servir de lecho a un enorme objeto plateado y de forma ovoide o lenticular, que descansaba en tierra ligeramente inclinado. Visto de lado era como una enorme lenteja de plata, aunque en su parte superior mostraba una protuberancia esférica, a modo de cúpula opaca, de distinto color al resto del ovoide.

—¿Es un platillo volante? —preguntó Diana, atónita y sobrecogida.

—Así lo llamáis vosotros... Entremos. La lluvia arrecia.

Diana no vio a Diist accionar el control que llevaba en la diestra. Y retrocedió unos pasos, asustada, al ver describirse un rectángulo en la parte inferior de la nave, del que surgió una escalera automática y un intenso rayo de luz blanca y lechosa, como de una lámpara de cadmio de millones de vatios.

El uránida fue el primero en acercarse a la entrada, pisando entre las ramas y la hojarasca. Se situó sobre el primer peldaño y luego se volvió a la joven, que continuaba detenida, bajo la intensa lluvia, lacio el cabello y empapadas las ropas.

—Acércate. No temas. Aquí estarás bien. No hay temperatura alguna. Ni frío ni calor. No me tengas miedo, trato de raptarte para conducirte a mi mundo, en de no lograrías sobrevivir.

—¿Cómo sé que no ha enviado a Jack al pueblo

para usarme daño?

—Debes confiar en mi palabra. En el siniestro firmamento, un Relámpago, seguido de trueno estruendoso pareció sacudirlo todo. Diana, presionada, se apresuró a guarecerse bajo la nave. —Entra sin miedo. Para vosotros, aquí hay cosas angulares y curiosas. Dominando su temor, Diana subió la escalerilla y se encontró en una cámara circular, con aspecto de huevo grande, visto por dentro. La luz que lo iluminaba todo recia filtrarse a través de las paredes. Se apoyó en la estrecha plataforma que había en la e superior de la escalera, ¡pero ésta empezó a ascender, con suave vibración, y a desaparecer en el suelo. Diana tuvo la impresión de que iba a caer y se agarro instintivamente al brazo de Diist. Al contacto con tejido metálico creyó tentar acero flexible o algo similar.

—No caerás, Diana Wisley —habló el uránida—. No abrirá la compuerta de la Cabina interior hasta haberse cerrado la entrada.

Así fue. La escalerilla terminó por desaparecer bajo sus pies, sin que la joven hubiera perdido el equilibrio. Y la cabina ovoide se descorrió, abriéndose en una línea recta, cada vez más ancha, que iba desde el techo al suelo.

Diana se encontró en el umbral de otra cabina circular, mucho mayor, y en cuyo centro había un extraordinario aparato de un material parecido al vidrio. Además, las paredes abovedadas estaban totalmente cubiertas de raros y complicados objetos.

—¿Qué es todo esto? —exclamó Diana—. ¿Sueño?

—No, no sueñas —replicó Diist, penetrando en la cabina y acercándose a una especie de mesa, sobre la que había una esfera, en cuyo interior destellaba una luz roja—. Pasa y siéntate. ¿Verdad que no notas frío ni calor? Aquí no existe temperatura. Debo, sin embargo suplir la ausencia de atmósfera, inyectando un sucedáneo que en nada te perjudicará. Para eso regulo e ambientador.

A un lado de la máquina central, se onduló la alfombra del piso. Diana quedó asombrada al ver surgir algo parecido a un sillón metálico.

—Descansa, Diana. Siento no poder ofrecerte nada para comer. Pero aguarda... Aquí hay algo que te gustará. Son píldoras alimenticias de tipo universal.

Diciendo esto, Diist accionó un resorte, al extremo de un cristal abombado, gracias a lo cual se pusieron al descubierto unos recipientes alveolares.

Tomando una de las píldoras ambarinas que contenía un recipiente, Diist se volvió a Diana, quien continuaba de pie, sin atreverse a tomar asiento.

—Con una sola cápsula, tu organismo puede funcionar perfectamente durante varios días terrestres. No tendrás apetito, ni sueño, ni siquiera cansancio. Tampoco te perjudicará. Tómatelo.

—No —repuso Diana—. ¡No quiero tomar nada! ¡No he debido entrar aquí!

—Saldrás sin haber sufrido daño alguno —insistió Diist—. Tómate esto y siéntate.

Diana obedeció, comprendiendo que él dominaba su voluntad. Tomó la píldora y se sentó. Inmediatamente, la invadió una sensación de euforia.

—¿Viaja en esta nave a través del espacio? —pregunto ella.

—Sí —replicó Diist, mientras manipulaba algunos aparatos. Al terminar, se situó frente a Diana—. Sé que esas asombrada de cuanto ves aquí. Desconoces la utilidad de todo esto. Son aparatos de navegación sideral, instrumentos y controles de comunicación. El equipo es moderno y completo, de tipo reducido... Pero también se avería.

—No le comprendo.

—En realidad, he sufrido un accidente que me ha obligado a tomar tierra en este lugar. Y recibí órdenes le no alejarme de mi nave más de cien metros. Este no es un lugar seguro para mí.

—Pienso que si el sheriff reúne a la gente de Canyon Ireek, no estará usted tan seguro como cree.

Diist, imperturbable siempre tras su casco espacial, extendió los brazos hacia Diana y replicó:

—Conozco a tus semejantes. No me sorprendería que finieran a buscarte. Ya he pensado en esa posibilidad. Pero no podrán penetrar aquí. Ni siquiera una bomba atómica podría causarme daño.

»En realidad, mi único deseo es tratar con el presidente de este importante pueblo. Mis superiores quieren establecer relaciones cordiales con vosotros, pero yo necesito una pila Inxg, o de lo contrario no podré despegar con mi nave.

»No hubiéramos entrado en contacto con vosotros basta dentro de diez o doce años, cuando vuestra ciencia fuese un peligro real para nosotros y para los habitantes de la Galaxia. Pero el accidente que he

sufrido ha precipitado los acontecimientos.

»He informado a mis superiores. Se ha reunido el Kaxt de Seederger y han decidido que debo pedir ayuda a los gobernantes de este país, estableciendo así el primer contacto oficial. Por ese motivo me he vestido así,, Necesitaba salir al exterior, y la atmósfera de este planeta no me favorece.

»Vivís en un mundo subdesarrollado, rodeados de peligros y gérmenes nocivos, que nosotros debemos eludir a todo trance. Si contraigo una enfermedad por contagio, las consecuencias para nuestro organismo podrían ser fatales.

—¿Dice que ha sufrido un accidente? —interpeló Diana, interesada.

—Sí. La carga de Inxg se ha agotado. Debí sufrir alguna fuga. No es fácil que eso ocurra, pero ha ocurrido y no sé la razón. Sé que disponéis de materia para construir una nueva pila. Yo daré las indicaciones convenientes a vuestros técnicos y, en poco tiempo, podrán construirme una, para volver a Seederger.

»Mi raza quedará agradecida a la tuya, y estableceremos lazos de amistad y cooperación, que repercutirán en beneficio vuestro, sin duda, porque os enseñaremos técnicas asombrosas.

—Supongo que debe usted saber que los Estados Unidos no son el único país de este planeta —observó Diana.

—Sí, lo sé. Y sé que es el más adelantado, técnicamente. Hemos podido observar los ingenios que estáis lanzando al cosmos, y nos interesan, particularmente, vuestros avances astronáuticos que,

con el tiempo, os llevarán a establecer contacto con nosotros.

«Sabemos que en la Tierra existen grandes desavenencias raciales y políticas, que unos pueblos no se llevan te en con otros, como nos sucedió a nosotros en los primeros tiempos de nuestra historia. Ahora, sin embargo, somos un pueblo unido y todos nos regimos por las mismas leyes.

»Ese es también vuestro destino..., sucumbiréis todos irremisiblemente!

—¡Los hombres de este mundo no se pondrán de acuerdo jamás!

—Pues ése habrá de ser el primer pacto que os exigiremos cumplir. Si no hay unidad entre los pueblos, si nosotros no aportaremos nuestros conocimientos.

»No queremos nada de vosotros, sino todo lo contrario. Vendremos a ofreceros mucho más de lo que podéis darnos, y a establecer la paz definitiva entre vosotros.

»Pero si no la queréis aceptar, os la impondremos, porque no queremos correr el riesgo de que una raza agresiva como la vuestra se extienda por el sistema y ponga en peligro vuestras vidas.

¡ »Era necesario, tarde o temprano, establecer este contacto, del que ha de salir, forzosamente, gran beneficio y progreso para todos los habitantes de la Tierra, sin excepción.

»Estrechando relaciones con nosotros, vais a ganar mucho, y no perderéis nada. Sin embargo, si preciso fuera, poseemos medios para influir en vuestras

mentes y llevar la conciliación a todos los gobernantes.» Espero, sin embargo, que no será preciso ejercer ninguna presión. Sois inteligentes, y comprenderéis que este pacto os conviene más a vosotros.

Diana Wisley no pudo responder. Estaba demasiado asombrada.

CAPITULO III

—Aguárdame aquí —dijo el comisario Quincy, quien había colocado en su bolsillo la llave del contacto de la furgoneta, tras vestirse con el arrugado impermeable que le ofreció Jask—. Yo iré a buscarla.

Habían registrado el paraje con las luces intensivas del vehículo, efectuando un círculo en derredor por si encontraban a Diana Wisley. Pero de ésta no había el menor rastro.

En vista de ello, Alee Quincy decidió salir de la furgoneta y efectuar un registro por el contorno. Antes de alejarse bajo la lluvia, empero, barbotó:

—¡Reza para que no le haya sucedido nada a la hija del juez!

Jack no respondió. Estaba asustado, y la tempestad y el lugar, no contribuían, ni mucho menos, a disipar su inquietud, ¿Dónde se habrían metido Diana y el uránida?

Por su parte, Alee Quincy no estaba convencido de encontrar allí a Diana. Barruntaba que Jack le había engañado respecto al lugar, llevándole hasta allí para

ganar tiempo y despistarle. No quería suponer que la joven hubiera sufrido mayor percance que el lógico entre una chica bonita y un chico atolondrado, solos en el campo.

Seguramente, creía el zafio comisario, Jack había tratado de besar a Diana y ella se escapó, refugiándose en cualquier parte. Enojado, el muchacho debió volver solo al pueblo, donde se hizo el loco para que nadie pudiera- acusarle de nada.

Quincy no llevaba más que una pequeña lámpara eléctrica, de bolsillo, con la que alumbraba el suelo encharcado. Continuaba lloviendo, y en tierra se habían formado pequeños arroyos. Además, la luz de los relámpagos le permitía, con frecuencia, ver en derredor.

—¡Diana! ¡Señorita Wisley! —gritaba Quincy, de vez en cuando.

Se dirigió hacia el macizo de árboles, donde patinó y estuvo a punto de caer. El agua, resbalando por su rostro, le obligaba a pestañear. Se limpió con la mano, y se apoyó en el tronco de un nogal.

—¡Diaaaaana!

Un trueno fortísimo pareció responder a su llamada. Y ya estaba a punto de volverse a la furgoneta, cuando la curiosidad le atrajo hacia el interior del bosquecillo. Avanzó unos veinte metros, sorteando las malezas y los rugosos troncos. Y, de pronto, se detuvo, atónito.

¡A la luz de un relámpago, vio, ante él, la insólita silueta planteada de un platillo volante!

—¿Qué diablos...? —empezó a decir.

Su primer impulso fue volverse y huir. ¡Aquello era increíble! Jack Nathan tenía razón. ¡Era algo extraterrestre, como lo que el borracho de Benny Rowlings había dicho al sheriff Winn, que vio descender detrás de Rainbow Ridge! Precisamente, su jefe había ido a Adler Peak a confirmar tal noticia y aún no había vuelto. Pero el azar había querido que fuese Quincy quien descubriera al extraordinario platíbolo.

Quincy hubo de hacer un sobrehumano esfuerzo para dominar el miedo, que le hacía temblar las piernas, y poder acercarse hasta ver la superficie metálica del objeto, a la luz de su pequeña linterna. Incluso, alargó a hacerlo. En aquel instante, escuchó un intenso y agudo silbido, lo que le hizo retroceder de un salto.

Al mismo tiempo, un rayo de luz surgió del aparato, dibujando un rectángulo en el suelo. Quincy, atónito, miró la luz, viendo deslizarse un objeto, que descendía lentamente. Vio que se trataba de una escalera o algo parecido. ¡Y también vio unas botas metálicas, brillantes que asomaban!

Después, surgió la increíble figura plateada.

Alee Quincy, petrificado, reaccionó, tratando de introducir la mano bajo el impermeable y desenfundar el revólver.

—No se mueva —oyó decir al fantástico sujeto, en un tono que le hizo encoger el corazón.

Pero Quincy no obedeció. Sacó el arma y disparó casi al mismo tiempo. Surgió el fogonazo y sintió un dolor punzante en el pecho. Se le nubló la vista, se

tambaleó y terminó por desplomarse pesadamente sobre el terreno.

¡Alee Quincy estaba muerto!

El proyectil que disparó contra Diist fue rechazado por un invisible escudo magnético, y se incrustó en su propio cuerpo, atravesándole el corazón.

El uránida se acercó, entonces, al caído. Se agachó a su lado y utilizó el objeto metálico que siempre llevaba en la diestra. Luego, se levantó y avanzó hacia los árboles.

A su espalda, junto al platíbolo, quedó el infortunado comisario Quincy. Unos procedimientos técnicos, que jamás comprendería, le habían ocasionado la muerte, al tratar de disparar contra la plateada figura del alienígena.

Este, por su parte, se dirigió hacia donde estaba la furgoneta. Antes de llegar a ella, Jack le descubrió, estremeciéndose de terror.

—¡No pude cumplir...! —empezó a decir el muchacho.

—No has hecho lo que te dije, Jack Nahtan —habló el uránida, acercándose—. ¿Por qué has vuelto con ese hombre armado?

—¡No pude evitarlo! Lo siento. Me ha traído contra mi voluntad. Llegué al pueblo y pedí larga distancia. Al decir que deseaba hablar con el presidente, se rieron de mí. ¡En serio! ¡El señor Hillcott avisó al comisario del sheriff, y éste ha creído que Diana y yo... Bueno, no sé lo que ha creído. Pero me ha dicho que si no aparece Diana.,.

—No tienes que preocuparte por ella. Está bien, en

mi nave. Vuelve al pueblo inmediatamente, y habla con el Presidente.

—Me han dicho que la tormenta ha roto la línea telefónica.

—No repliques. Si no puedes usar el teléfono, llama por radio. Haz lo que digo, Jack Nathan. No puedes imaginar siquiera, lo importante que es esto para toda la humanidad. Pero recuerda que no debe venir nadie que no sea el presidente, puesto que quien se acerque a menos de cien metros de la nave, caerá fulminado.

»Ahora, vuelve al pueblo y cumple mi encargo. Diana está bien.

—No puedo. El comisario se ha llevado del contacto.

Diist, que estaba enojado, dio media vuelta y regresó al lugar donde yacía Alee Quincy. Se inclinó sobre él, lo alzó, con ambas manos, como si fuera una pluma, y lo llevó al lado de la furgoneta, depositándolo en el suelo.

—Está muerto —dijo Diist al sobrecoigido Jack—. Se ha matado él mismo, al disparar contra mí. Sin embargo, si cumples fielmente mi encargo, le devolveré la vida. Puedo hacerlo.

Dicho esto, el uránida dio media vuelta y se alejó, dejando a Jack tembloroso, sin atreverse a pestañear siquiera. Hubieron de pasar unos minutos para poder reaccionar. Entonces, descendió de la cabina y se agachó junto al cuerpo del comisario.

Al introducir la mano bajo el impermeable, buscar las llaves del contacto de la furgoneta, que el

comisario se había guardado en el bolsillo de la chaqueta, los dedos sintieron la viscosidad de la sangre.

Una vez la llave en su poder, alzó el cadáver, no sin esfuerzo, y lo colocó en la parte trasera del vehículo. Estaba temblando de frío y miedo cuando subió de nuevo a la cabina y puso en marcha el motor.

Un instante después, regresaba al pueblo.

* * *

El «Ford» del sheriff Winn estaba aparcado delante de la oficina. También había algunas personas en la puerta cuando Jack detuvo la furgoneta y saltó al suelo, para correr hacia el despacho de la autoridad.

La puerta estaba abierta. Jack pudo escuchar con toda claridad la voz del juez Wisley, gritando:

—¡...buscarla, Rocky; es usted el sheriff!

—¡Aquí está Jackie Nathan! —exclamó alguien, entre los que cubrían la entrada.

Trataron de interceptar el paso al muchacho, pero éste, a empujones, se metió dentro del despacho, en donde exclamó:

—¡Señor Winn, por el amor de Dios!

—¡Jack Nathan, rufián! —gritó un hombre de cierta edad, que vestía de negro y blandía ante el atezado sheriff un paraguas cerrado y húmedo—. ¿Dónde está mi hija?

El sheriff, sentado detrás de su mesa, vestía una cazadora de piel, llevaba un revólver de seis tiros al

cinto, como en los viejos tiempos del far-west, y se calzaba con altas botas, casi cubiertas de barro. Aparentaba unos cuarenta años, y se caracterizaba por una pobladas cejas grisáceas.

Fue él quien se encaró con Jack, preguntando con fuerte vozarrón:

—¡Qué ocurre, Jackie?

—¡Hemos de llamar inmediatamente a Washington, sheriff! ¡Diist, el uránida, tiene retenida a Diana Wisley

—¿Qué estás diciendo, muchacho?

—¡ Es cierto! ¡El comisario Quincy ha venido conmigo y...! ¡Está muerto! !Le he traído en la furgoneta!

Jack Nathan estaba blanco como la cera, temblaba y miraba en derredor, como quien busca una salida de escape.

—¿Muerto, mi comisario?

La noticia dejó estupefactos a todos. El juez Wisley gimió, como si estuviese a punto de sufrir un desmayo.

—El uránida me dio un mensaje... ¡Hay que llamar a Washington y pedir al presidente que venga aquí cuanto antes!

Rocky Winn había perdido parte de la tarde buscando un platillo volante que, según un guarda forestal, había descendido detrás de Reinbow Ridge. Pero aquella noticia no dejó de causarle impresión.

Sin embargo, cuando, poco, poco después, los leñadores entraron el cuerpo sin vida de Alee Quincy y le tendieron en el suelo, la realidad golpeó ferozmente el rostro del anguloso sheriff.

—¿Dices que le ha matado ese...? ¿Quién, Jackie?

El joven repitió, atropelladamente, todo lo que le había sucedido, excusándose ante el padre de Diana.

—Yo no tuve la culpa, señor. Dije a Diana que debíamos volver antes de que se hiciera de noche... En la furgoneta llevo el tocadiscos y el maletín de la merienda. Ella se fue... con él.

—¡Hay que ir a buscar a mi hija! —exigió el juez, imperiosamente.

—¡No vayan! —exclamó Jack—. ¡Diist les matará a todos! Ha dicho que quien se acerque a menos de cien metros, morirá. ¡Sólo quiere hablar con el presidente de los Estados Unidos!

—El presidente no vendrá jamás a Canyon Creek —dijo el sheriff—. Si acaso, enviará algún emisario o consejero... ¡Nosotros arreglaremos este asunto a nuestra manera! ¡Ese tipo, sea uránida, marciano o lunático, es un asesino y debe ser detenido!

—¡Hay que salvar a mi hija! —chilló el juez Wisley.

—No se preocupe por su hija, señor juez. La rescataremos. Vamos, que alguien avise al ingeniero Mullican. Decidle que necesito hombres armados. Y traed un par de camiones. ¡Iremos a Hurón Plain a ver la cara de ese... uránida!

Un iracundo penetró en la oficina y, acercándose a Jack, le propinó una terrible bofetada, sin mediar palabra alguna, a consecuencias de lo cual el muchacho cayó al suelo.

—¡No le pegue usted, señor Nathan! —gritó el sheriff—. Creo que Jackie no tiene ninguna culpa... ¡Y

le necesitamos para que nos guíe!

—¡Perdón, padre! —gimió el joven de rodillas en tierra.

De no haberle sujetado los leñadores, Seth Nathan habría pataleado a su hijo.

—¡Te mataré, condenado! ¡Ya lo creo que te mataré! ¿Para eso querías la furgoneta? ¿Para irte con chicas?

—¡Óigame, Nathan! —protestó el juez Wisley—. ¡No tiene usted derecho a decir eso! ¡Mi hija es una chica decente!

—¡Igual que todas, juez, aunque sea su hija! —rugió Seth Nathan fuera de sí.

—¡Es usted un patán y un deslenguado!

—¡Bastaaaaa! —aulló el sheriff—. Este no es momento para discusiones pueriles. Los que quieran venir conmigo que traigan un arma. Usted puede conducir la furgoneta, Nathan.

Pronto se convulsionó todo el pueblo. Más de cincuenta hombres provistos de linternas y faroles, escopetas, rifles y pistolas, se reunieron ante la oficina del sheriff. En su mayoría, iban cubiertos con impermeables y altas botas de goma.

Llegaron también dos camiones, cargados de hombres, con hachas y rifles, de uno de los cuales descendió un hombre alto y joven, que vestía una canadiense color crema, sombrero de fieltro y botas de cuero, de cazador. En la diestra empuñaba un ametrallador «Remington».

—He traído veintiocho hombres, Rocky. ¿Qué bobada es ésa de dar caza a un marciano?

—Hola, Mulligan. Me alegro que haya venido — repuso el sheriff—. Salimos ahora mismo hacia Hurón Plain. No sé quién anda por allí, pero han raptado a la hija del juez Wisley y mi comisario ha sido asesinado.

—¡Condenación, eso es serio! ¡Vamos, cuanto antes!

En pocos minutos, el coche del sheriff, los dos camiones y la furgoneta, conducida por el padre de Jack, emprendían la marcha en medio de la expectación general de Canyon Creek, cuyos habitantes habían salido a los portales.

La lluvia, por suerte, caía ahora débilmente y los relámpagos y truenos habían cesado. Esporádicamente, hacia el sur, brillaban algunos destellos, de la tormenta, alejándose.

* * *

Ha tratado de emplear un arma contra mí. Les he dado una lección a ambos.

—¿No les habrá hecho daño? —El llamado Alee Quincy, ha muerto. —¿El comisario Quincy? —se asombró Diana—. ¿Le ha matado?

—Yo no le he matado. Lo ha hecho él mismo. Espero que tu amigo entienda mis palabras y las cumpla. ;No tenía que volver aquí acompañado de nadie, excepto ¿el presidente!

Diana estaba anonadada. Pero se rehizo y dijo: — Me temo que es inevitable. Jack habrá tenido que decir todo lo que ha visto. El solo hecho de llamar por

teléfono a Washington, es suficiente para conmocionar a todo el pueblo. Y mucho me temo que acudan todos aquí antes de una hora.

—No podrán acercarse. He establecido una barrera magnética, que ni siquiera el más potente cañón podría perforarla. En el fondo, estaba seguro de que iba a suceder algo así, conociendo la mentalidad de tus semejantes.

»Pero eso es también un modo de llamar la atención a las autoridades superiores. Cuando se convenzan de que algo ocurre, no tendrán más remedio que llamar a Washington.

—¿Y por qué me retiene aquí, contra mi voluntad? ¿No piensa que mis padres estarán inquietos?

—La intranquilidad de ahora la olvidarán más tarde y se sentirán orgullosos de que su hija haya sido la primera terrestre en establecer contacto con nosotros. Eso te convertirá en una mujer famosa, Diana Wisley. Vendrán altos funcionarios públicos a entrevistarse contigo. Te asediarán los periodistas y fotógrafos... - Diana atajó, sonriendo:

—Conoce usted muy bien nuestro mundo, al parecer.

—Es cierto. Hace siglos que lo visitamos. Hemos sido testigos de vuestra evolución y desarrollo. Pero es, desde hace unos veinte años, que hemos establecido una vigilancia continua.

»Antes, realizábamos reconocimientos esporádicos. Ahora, la progresión evolutiva nos obliga a ser precavidos. Vuestros conocimientos sobre el átomo representan un peligro, porque lo primero que se os ha

ocurrido ha sido utilizar ese ingente caudal de energía para la destrucción. Y ahora, por si fuese poco, son varias las naciones que disponen de ingenios nucleares.

»Si alguien se lanzase, de pronto, a una guerra atómica, nos veríamos incapacitados para evitar la hecatombe. Es preciso, pues, pactar, modificar vuestras estructuras sociales y políticas y buscar medios de conciliación universal.

—No le entiendo... Pero es que tampoco entiendo la política.

—Ese es vuestro mal. Están sucediendo cosas terribles en este mundo que la mayoría de la gente ignora. Habláis de justicia, de democracia y de libertad... Y no sabéis lo que significa todo eso, ni os importa!

»Tú, por ejemplo, sólo quieres divertirte, pasarlo bien, escuchar música y leer revistas cómics.

—Sólo tengo diecisiete años. Las cosas serias quedan para los hombres mayores.

—Tu ignorancia no te disculpa —pareció acusar Diist—. Hay guerra en África, Asia, América y Europa. Los hombres se matan en distintas partes del mundo sin convencionalismos.

—¡Y usted ha matado aquí a un hombre que estaba cumpliendo con su deber! —aprovechó Diana para acusar.

—Se ha matado él mismo. Pero eso carece de importancia. Puedo devolverle a la vida cuando me plazca. Y confío en hacerlo pronto, para convencer a tus semejantes de que nuestra ciencia es superior a la

vuestra. Con este simple catalizador haré revivir a Quincy.

Diciendo esto, Diist mostró el objeto que siempre llevaba en la mano.

—¿Qué es eso? —preguntó Diana.

—Un trefgt. Se trata de un instrumento de utilidad universal. Cualquiera de vosotros, sabiéndolo manejar, se haría dueño de la Tierra. Es un control de calor, energía y luz. Oye, ve, entiende. Mata y resucita; duerme y despierta, aniquila voluntades, abate muros, abre puertas...

Diana abrió mucho los ojos al escuchar estas palabras. Miraba el objeto cuyo aspecto era el de una pluma estilográfica con mango y rodeada de algo así como un muelle metálico. Pero también miró la pantalla que cubría el rostro del uránida. Y preguntó:

—¿Cómo son sus facciones, Diist?

—¿Mis facciones...? No tengo facciones.

—¿No?

—No.

—¿Cómo es eso?

—Soy muy diferente a ti. Por tal motivo, me cubro con este atuendo, a modo de traje. No es conveniente que me veáis. Os podría sorprender.

»Ataviado así, parezco un astronauta terrestre y no causo repulsión.

—¿Tan horrible es usted?

—No lo soy. Me considero más perfecto que vosotros. Ocurre, sin embargo, que somos distintos... ¡Algo está ocurriendo!

Diist dio media vuelta y se acercó a un objeto,

parecido a un microscopio horizontal, que había sobre el tablero circular. Presionó algunos mandos y, en una pantalla semejante a las de televisión, surgió una imagen en colores, que primero osciló y luego mostró a varios hombres, que se hallaban en una oficina.

Diana se acercó también a contemplar la pantalla. Reconoció a las figuras» humanas... ¡Y hasta identificó a su propio padre, acompañado del sheriff Winn y de Jack Nathan!

—¡Eso es la oficina del sheriff! —exclamó Diana—
¡Ese es mi padre!

—Sí, lo sé. Este aparato capta la imagen del lugar que me interesa. Y si amplifico el sonido, se pueden escuchar sus voces. Pero no es eso sólo. Con este receptor, puedo observar lo que ocurre en cualquier lugar de la Tierra o del cosmos, sin necesidad de estar allí, como en este caso.

»Además, por medio del retractor de imágenes, puedo retroceder al pasado, o sea, volver atrás en el tiempo. Pero lo más sorprendente es que el anticipador me permite ver también el futuro. ¡Y puedo saber lo que va a ocurrir mañana, en cualquier lugar!

—¡Eso es imposible! ¡El futuro aún no existe! —exclamó Diana.

—Te equivocas. Todo existe al mismo tiempo. En realidad, lo que no existe es el tiempo, por tratarse de una invención del hombre. Nosotros conocemos el tiempo como un factor matemático, ya en desuso. El pasado, presente y futuro son una abstracción. Aunque para mis antepasados fue lo mismo que para vosotros.

—No logro entenderle —dijo Diana, confusa—. ¿Es

que ha colocado usted una cámara de televisión en la oficina del sheriff Winn?

—No, Nada de eso. El aire, el éter, el cosmos todo, está surcado por innumerables ondas electromagnéticas. Y son esas ondas, que se entrecruzan a velocidades hiperlumínicas, las que me traen la imagen. Un selector las clasifica, ordena y transforma en puntos de luz, que La pantalla triódica convierte en imágenes.

Accionando estos mandos, puedo captar la imagen desde el punto de vista que me convenga más. Escucha, y oiremos lo que hablan.

Diana quedó aterrada, al escuchar la voz de su propio padre, trasladada desde Cayon Creek al interior de la nave del uránida.

—¡No tiene usted derecho a decir eso! ¡Mi hija es una chica decente!

CAPITULO IV

El encontronazo del «Ford», conducido por Rocky Winn, contra la barrera magnética, fue tan fuerte que, Jack Nathan, que viajaba junto al sheriff, se golpeó la cabeza contra el parabrisas. El representante de la ley y el orden sólo se dio un fuerte golpe contra el abdomen, lo que hizo brotar una interjección de sus labios.

—¡Sapos coronados! ¿Qué ha ocurrido?

Los camiones y la furgoneta de Seth Nathan se detuvieron a tiempo, detrás del «Ford». Todos los faros iluminaron el embarrado camino. Se encontraban en el lugar conocido como Hurón Plain. Y no había ningún

obstáculo a la vista... ¡Pero el coche se había estrellado, al parecer, contra un muro invisible!

El sheriff abrió la portezuela y salió, empuñando una potente lámpara eléctrica. Fue al avanzar hacia delante cuando su cuerpo tropezó con el increíble muro.

Retrocedió, como si hubiera visto a un fantasma horrendo.

—No hay... No hay nada —balbució.

—¿Qué es lo que pasa, sheriff? —preguntó el ingeniero forestal Mulligan, que había saltado del camión, y se acercaba con el ametrallador en la mano.

Jack Nathan también descendió del «Ford», frotándose la cabeza.

—Diist me dijo que no podríamos acercarnos a él, o seríamos fulminados.

—Con cuidado, Mulligan —rezongó el sheriff—. Vaya hacia ahí.

El ingeniero miró, recelosamente a Winn, y luego avanzó..., ¡hasta tropezar con el obstáculo! Allí se detuvo, atónito. Luego, golpeó con la culata del ametrallador. Al volverse a los otros, su rostro había palidecido.

—No es vidrio, sheriff —dijo.

—¿Qué es?

—No lo sé... Pero no es vidrio... ¿Es que no me entiende? ¡No es cristal, ni plástico! —Casi gritando, Mulligan, apuntó con su arma al muro, y apretó furiosamente el gatillo.

A su alrededor, las balas rebotadas, pasaron silbando peligrosamente. El sheriff se percató del

peligro que corrían, y aulló:

—¿Qué hace usted, Mulligan? ¡No dispare!

—¿Es que no se da usted cuenta, Rocky?

—Me doy perfecta cuenta. Ha sido mi coche el que ha chocado con eso.

Los dos hombres se miraron. Los leñadores se acercaron en aquel momento. Y todos intuyeron que se hallaban ante algo inexplicable o sobrenatural.

En el ominoso silencio de la sobrecogedora realidad, sólo la voz del juez Wisley se alzó, entre todos los hombres:

—¿Y mi hija? ¿Dónde está mi Diana?

Casi todos los rostros se volvieron a mirarle.

—Les he dicho la verdad —respondió Jack Nathan—. Diana se quedó con el uránida. Sólo ese ser ha podido hacer esto. Es mejor que volvamos al pueblo y llamemos a Washington. Eso es lo que él quiere. Me aseguró que nada le ocurriría a Diana.

Algunos leñadores estaban tentando el invisible muro. Otros lo recorrían en ambas direcciones, tratando de hallar el final. Alguien habló:

—Esto no me gusta, sheriff. Creo que aquí no tenemos nada que hacer.

Por su parte, Rocky Winn empezaba a creer lo mismo. Quedarse allí, ante aquel obstáculo que ni siquiera las balas podían atravesar, era un riesgo que no debían correr, aunque detrás de la barrera hubiese una chica secuestrada.

—Sí, creo que es mejor marcharse y avisar al gobernador. Este asunto no es de nuestra competencia.

—¡No! —exclamó Jack—. ¡Hemos de avisar al

presidente de los Estados Unidos! Eso es lo que quiere Diist.

—¿Has visto a ese individuo, Jackie? —preguntó el ingeniero Mulligan.

—Sí.

—¿Cómo es?

—Parece un robot o un astronauta. Pero no se le ve el rostro, que oculta con una visera oscura del casco.

—¿Un individuo de otro mundo?

—De Urano. Quiere que el presidente venga a verle. Desea hablar con él.

Mulligan tomó al sheriff del brazo y se lo llevó a prudente distancia, donde se quedaron a cuchichear entre sí, unos minutos. El sheriff asintió repetidas veces. Luego, volvieron junto al grupo.—Nos volvemos al pueblo. Avisaré al gobernador, y que se encargue el ejército de este asunto.

—¿Y mi hija? —preguntó el juez Wisley, con vehemencia.

—No podemos hacer nada, señor juez. Lo siento de corazón. Ya ve usted cómo están las cosas. Es mejor regresar a Canyon Creek. Avisaremos al Gobierno, y que decidan las altas autoridades.

—¡No lo hagan! —gritó Jack Nathan—. ¡Diist desea ver al presidente!

—En Washington no nos harán caso —replicó Rocky Winn, ceñudo—. ¿Quién te imaginas que es el presidente? El no puede tomar decisiones por su cuenta. Primero enviará una comisión gubernamental. Vendrán los senadores, los periodistas, agentes de la CIA y el FBI, técnicos y científicos. Y cuando hayan

deliberado todos, tras un largo estudio y un detenido y detallado informe, si no hay más remedio, acudirá el presidente... ¡Quien será el último en venir!

Jack comprendió que el sheriff tenía razón. Era así, y no podía ser de otra manera. Diist, el uránida, sólo vería al presidente en última instancia.

¡Y, mientras, Diana Wisley estaría muerta de miedo, en poder del extraterrestre!

* * *

Al día siguiente, el sol pareció disipar y convertir en irreal la angustiosa pesadilla de la víspera. La gente apenas había dormido en Canyon Creek, y en la oficina del sheriff, de la que se había retirado el cadáver de Alex Quincy, se hallaban reunidos los hombres más representativos de la localidad.

Sentado en una silla, abrumado, se hallaba Jack Nathan. Su padre estaba de pie junto a él, así como otro hermano mayor de Jack, llamado Fred.

El juez Wisley se encontraba sentado en un rincón, cabizbajo y con expresión de cansancio. Había conseguido llevarse a su esposa a casa, y luego volvió, para no perderse ninguno de los acuerdos que se estaban tomando, y en los que su hija era parte tan importante.

Además, estaba allí el ingeniero Mulligan, representante de la Compañía Maderera; el alcalde de Canyon Creek, John Conway, David Hillcott y otros.

—No hay duda de que estamos ante algo

extraordinario —estaba diciendo Mulligan—. El Gobierno ya está avisado, y no creo que tarden en llegar los refuerzos de policía prometidos. Pero, ¿puede decirme alguien lo que va a ocurrir?

—No quiero ni pensarlo —musitó el sheriff Winn, con gesto de fatiga—. Vamos a ser el centro de atracción de todo el país. ¡Como en el circo, pero sin fiesta!

—¡Eso sería demasiado bueno para nosotros! —exclamó el alcalde—. Cuando intervenga el Gobierno, quedaremos aislados del resto del mundo. Eso, si no nos ordenan evacuar la región, que será lo más probable. Ya creo estar viendo los tanques del ejército aplastando nuestras moradas y sembrados.

—Este no es territorio apropiado para tanques —objetó el ingeniero Mulligan—. Pero es indudable que algo de eso ocurrirá.

—¡Y no solucionarán nada! —exclamó Jack—. Diist sólo hablará con el presidente ¿Y mi hija? —El juez Wisley había repetido esta pregunta más de cien veces, en toda la noche.

—¿Por qué no me dejan que vaya a ver a Diist? —preguntó Jack. .

Todos se volvieron a mirar al muchacho.

—¿Y qué puedes hacer tú? —preguntó John Conway.

—Yo soy el... Bueno, quiero decir que conozco a Diist. El me envió. Puedo decirle que he cumplido su encargo y que el presidente está avisado. Supongo que dejará volver a Diana.

—Sí, ve inmediatamente! —gritó el juez.

—¡No, tú no te mueves de aquí! —vociferó el padre de Jack.

—¡Cállense todos! —intervino el sheriff—. Desde luego, Jack no anda desencaminado. Le dieron un encargo y lo ha cumplido. Ahora, que el uránida devuelva a Diana.

—¿Y si le ocurre algo a mi hijo? —quiso saber Seth Nathan.

—Nada me sucedió ayer, papá —se defendió el joven, valientemente. .

—¡Pero le ocurrió a Quincy!

Esta declaración dejó a todos anonadados. Parecía como si hubieran olvidado que había un muerto en la casa funeraria, esperando sepultura.

—La muerte de Alee es significativa —declaró el sheriff—. Recibió un balazo, disparado con su propio revólver. Pero el arma no se ha encontrado. Debió quedar al otro lado del muro invisible.

—Déjeme ir, sheriff. No tengo miedo —insistió Jack.

—¡No te dejaré ir solo! —exclamó su padre.

—Si alguien le acompaña, seré yo —medió Rocky, dubitativo—. Pero no sé si es conveniente ir o no.

—¡Que vaya el ejército! —bramó Seth Nathan.

En aquel instante, fuera, se oyó el rugir de un motor de coche, seguido de exclamaciones de la gente que esperaba en el exterior. Rocky Winn se levantó, acercándose a la ventana.

—Ahí están el marshal Gantry y sus ayudantes. No han perdido el tiempo.

Efectivamente, cuatro oficiales de policía del

condado, armados con rifles y pistolas, penetraron en la oficina. El jefe estrechó la mano del sheriff, y saludó a los demás. Winn se los presentó a todos.

—Bien, ¿qué es lo que ocurre? ¿Qué historia es ésta?

—Este muchacho y la hija del juez salieron a dar un paseo, y se encontraron a un sujeto vestido como un astronauta. El tipo dijo ser de otro planeta, y querer hablar con el presidente de los Estados Unidos.

»Por otra parte, yo había recibido aviso de un guarda forestal, denunciando haber visto a un platillo volante detrás de Adler Peak.

»Jackie vino aquí, y habló con mi ayudante Quincy. Juntos, los dos volvieron a Hurón Plain, durante la tormenta de anoche. Pero mi comisario resultó muerto de un balazo.. El chico me trajo su cuerpo. Entonces fuimos todos allá. Pero nos tropezamos con un muro invisible, que nos cerraba el paso. Eso es todo, Gantry. Allí no había nada, pero no se podía pasar. Incluso el ingeniero Mulligan disparó contra el obstáculo, y las balas salieron todas rebotadas.

Gantry se rascó la cabeza y rezongó:

—¡Tiene miga la cosa! Pero iremos allá ahora mismo.

—Sí. De día podemos ver las cosas de otra manera. Jackie nos acompañará.

—¡No lo permito! —gritó Seth Nathan.

—Usted no lo permitirá —repuso el sheriff—. Pero yo opino lo contrario, y su hijo vendrá con nosotros.

—Pues... Si es así, yo también iré.

—Nada de curiosos. Irá sólo la autoridad. ¿Para qué quiere que venga el muchacho, Winn?

—El uránida le habló. Creemos que Jackie tiene un buen pretexto para acercarse allá.

—Tengo que acercarme yo solo —manifestó Jack—. Diré a Diist que he cumplido su encargo y que deje ir a Diana.

—¡Sí, ve cuanto antes, hijo mío! —suplicó el padre de Diana.

—Ya veremos. De momento, pongámonos en camino —propuso Gantry—. ¿Está muy lejos ese lugar?

—No. A diez minutos.

Saliendo de la oficina, el marshal dijo a sus hombres:

—Id con el coche. Yo acompañaré al sheriff.

Jack, contra el deseo de su padre, subió al coche del sheriff, el cual tenía una abolladura en la parte delantera, a consecuencia del choque de la víspera contra el muro invisible.

Fred Nathan y su padre se quedaron discutiendo con el juez Wisley y con los otros, mientras los dos coches oficiales tomaban el camino de Hurón Plain.

El terreno que encontraron los viajeros estaba húmedo y encharcado. Los vehículos, pese a ello, llevaban buena velocidad. Casi nadie habló, excepto algunos monosílabos. La tensión era creciente, a medida que se acercaban al lugar, cuando, al fin, llegaron a su destino, Rocky Winn detuvo el coche, y lo mismo hicieron los ayudantes del marshal Gantry, descendiendo todos.

—¿Dónde está ese muro? —preguntó Gantry, mirando en derredor.

—Por ahí —dijo Winn.

Avanzaron con cautela hasta que el invisible obstáculo les cerró el paso... ¡A todos, excepto a Jack Nathan, que continuó avanzando, ahora como un autómatas, en dirección al macizo de árboles!

—¿Eh, qué...? —masculló Gantry.

—¡Jack! ¿Dónde vas? ¡Detente! —gritó Winn.

El joven no parecía oírles. Los agentes trataron de seguirle por el mismo lugar que él había pasado, pero no tuvieron éxito.

—¡Increíble! —farfulló el marshal Gantry, empezando a sentir el espectro de lo sobrenatural—. ¡Si no lo veo, no lo creo! ¿Qué está sucediendo aquí? ¿Dónde va ese chico?

Aterrados, vieron a Jack desaparecer entre los árboles. Fue uno de los ayudantes de Gantry quien dijo:

—¡Allá se ve relucir algo, Gan!

Mientras tanto, obedeciendo un influjo hipnótico, Jack siguió caminando hasta desaparecer entre los árboles. Llegó al lugar en donde estaba el platillo volante, al que veía por vez primera.

Junto a la escalerilla, iluminados por el sol, vio dos figuras: eran Diana y Diist.

La joven exclamó:

—¡Jack!

Fue entonces cuando él pareció despertar, exclamando:

—¡Diana! ¿Estás bien?

Ambos corrieron uno al encuentro del otro, y se abrazaron.

—Tu padre está muy preocupado por ti... Hay un gran revuelo en el pueblo. No sé cómo terminará todo.

—Buenos días, Jack Nathan —intervino Diist—. Ya sé que has hecho lo posible para cumplir mi encargo. También sé que el presidente no vendrá. En Washington no han creído lo que les han dicho. Por eso he decidido cambiar de planes.

—¡Diist vendrá con nosotros a Canyon Creek! —intervino Diana, llena de júbilo.

—¡No debe ir! —exclamó Jack, aterrado—. ¡Va a venir el ejército!

—Ya lo sé —contestó Diist—. Precisamente por eso. Diana lo ha podido ver en la pantalla de detección futura. Se han dado órdenes para efectuar un reconocimiento aéreo de esta área. Pronto llegarán helicópteros militares,

»Prefiero ir al pueblo, en vez de quedarme aquí. Allí, sé que mi presencia hará acudir a los periodistas, y mi deseo es que todo el mundo conozca mi presencia. No me conviene que los gobernantes silencien mi llegada, con el fútil pretexto de evitar el pánico.

»Me propongo convencer a las gentes de que no he venido a la Tierra a causar daño.

—En el pueblo, le acusarán de haber dado muerte al comisario Quincy —dijo Jack, mirando hacia la extraña astronave plateada, que en aquellos instantes empezaba a diluirse, como haciéndose transparente. El joven retrocedió instintivamente—. ¿Qué es eso...?

¿Qué está pasando?

—No te alarmes, Jack. Mi nave se hace invisible, ojo humano. No quiero que la descubra nadie.

Efectivamente, el aparato desapareció de la vista unos pocos instantes. En su lugar sólo se veían los árboles abatidos, las ramas aplastadas y el terreno ligeramente hundido.

—Esta transparencia es debida a un fenómeno de penetración de la luz. Ahora, vamos a ver a esos individuos que te han acompañado. Quiero demostrarles que no he matado a nadie.

Diana se situó a la derecha de Diist, y Jack, a su izquierda. Así dispuestos, se dirigieron al lugar en donde esperaban los coches de la autoridad.

—Ayer tropezamos con un muro, que nos impidió el paso —comentó Jack.

—Lo coloqué yo. Es una barrera de ionización mag- néticomolecular. Utilizando el tregft, te he dejado pasar sólo a ti. Pero ahora la retiraré. Ya no tiene objetivo.

—¿Te ha ocurrido algo, Diana? —preguntó Jack.

—¡Oh, no! He pasado la noche en el interior de la nave. Es maravillosa, Jack. He visto cosas asombrosas.

Incluso pude verte a ti y a los otros. El señor Diist ha sido muy amable conmigo.

Al salir entre los árboles, vieron al marshal Gantry y al sheriff Winn, ambos subidos sobre el techo de un coche, como tratando de alcanzar la parte alta de un muro, con las manos extendidas.

—Son ingenuos, esos hombres —observó Diist.

Uno de los ayudantes de Gantry, al ver aparecer a

Diist y a los jóvenes, emitió un grito agudo, alzando inmediatamente el rifle. Winn, por su parte, también al verlos, saltó rápidamente al suelo. Gantry, por su actitud, pareció quedar petrificado.

Diist hizo un gesto con el tregft. Y todos vieron a Gantry alzarse sobre el coche, para luego descender suavemente y quedar pie en tierra, del mismo modo que si una mano gigante le hubiera transportado con delicadeza.

—Les ruego que guarden sus armas. Anoche ocurrió un accidente desagradable y no deseo que se repita —habló Diist, accionando de nuevo su instrumento ultra magnético.

¡En el acto, todas las armas de los funcionarios parecieron fundirse con un leve chasquido y una débil columna de humo que pronto se diluyó en el aire!

—¿Qué..., quién es usted? —osó preguntar Rocky Winn.

—No se haga el ingenuo, sheriff. Jack Nathan le ha hablado de mí. Me llamo Diist y vengo de Urano, un planeta al que nosotros llamamos Seederger. Tengo que hablar con el presidente de este país, a fin de obtener ayuda para recargar mi pila de Inxg.

»Si hubiera alguna flota de naves de mi mundo explorando la Tierra en estos momentos, les habría pedido ayuda a ellos. Pero, desgraciadamente, nuestros investigadores se han retirado a Seederger, para una celebración. Aunque ustedes no lo crean, hace cien mil millones de años que empezó a formarse nuestro mundo, a consecuencia del sexto espasmo solar.

»Se trata de una gran celebración, a la que debo asistir yo también, si es que puedo, naturalmente. Aunque también es posible que vengan a buscarme.

»Sin embargo, debido al accidente sufrido, mis superiores me han ordenado establecer contacto con ustedes, y de ahí que haya utilizado a estos jóvenes para cumplir mi misión.

»Ahora, les acompañaré al pueblo y devolveré la vida al comisario Quincy. No deseo causar daño a nadie. ¿Quieren llevarme en sus automóviles? Se lo agradeceré mucho.

Ninguno de los agentes de la autoridad logró articular palabra. Nadie podía hablar, de estupefactos que estaban.

CAPITULO V

Alee Quincy era un cadáver. Lo había comprobado el doctor Krafft, médico del pueblo. Además, no era necesario ser médico para darse cuenta de ello. Tenía le corazón atravesado por una bala blindada, y en su pecho y ropas había sangre coagulada.

Estaba muerto, sin duda.

Sin embargo, provisto siempre del tregft, Diist penetró en la fría salita de la funeraria de Boy Green, ¡y cuando salió de allí, a los pocos minutos, el difunto había recobrado la vida!

Alee Quincy, todavía blanco como la cera, salió detrás de Diist, caminando de modo torpe.

Ante la funeraria se había reunido casi todo el pueblo. El clamor colectivo, al ver aparecer Quincy,

fue inexplicable. Algunos retrocedieron, asombrados ante lo sobrenatural, y otros se quedaron petrificados, mirando al uránida, como si fuera un dios o algo parecido.

—Aquí le tienen ustedes —dijo Diist—. El puede decirles lo que ocurrió.

Gantry y Winn, ya habituados a la presencia del alienígena, se aproximaron.

—¿Cómo te sientes, Alee?

—No lo sé... ¡Demonios, jefe! ¿Qué ha ocurrido? ¿Qué estaba yo haciendo ahí dentro?

—Te tomaron por muerto, Alee —repuso Winn—. Lo siento.

—¿Muerto...? ¡No, no es posible! No sé lo que me ocurrió... Yo estaba... —Alee Quincy miró al uránida y añadió—: ¡Este sujeto disparó contra mí!

—No, señor Quincy —rectificó Diist—. Fue usted quien disparó contra mí. Pero yo hice que la bala rebotara. Fue un accidente.

Alee Quincy miró intensamente al uránida.

—Siento malestar en el pecho... ¿He estado muerto?

—Le he extraído la bala, he cicatrizado la herida y he devuelto el funcionamiento a su organismo. Nosotros poseemos un gran dominio sobre la vida y la muerte, en determinados casos. En otros, inevitablemente, la muerte es definitiva.

»Ninguno de ustedes tiene que temer nada de mí. He venido como amigo y mi propósito es ayudarles en lo que pueda. Tal declaración, que todos pudieron oír perfectamente, sirvió para alarmar aún más a las

sencillas gentes de Canyon Creek, en su mayoría personas incultas y de escasa inteligencia. Los cultos, como el juez Wisley o el ingeniero Mulligan, no querían dar crédito a lo que estaban viendo.

Les parecía que la irrealidad de Diist obedecía a causas que no podían comprender, pero negábanse a admitir que se tratase de un extraterrestre.

Y fue Mulligan quien habló, gritando:

—¿Y cómo sabemos que todo esto no es una superchería?

—No es usted muy crédulo —replicó Diist—. Duda de mí, pese a estar viéndome. ¿Es que la Prensa no se ha ocupado frecuentemente de nosotros, creando una leyenda de los platillos volantes?

»Les puedo asegurar a todos que, en muchas ocasiones, agentes nuestros, con aspecto humano, han convivido con seres de este planeta, en diferentes lugares. Yo podía haberme provisto de un aspecto similar al de ustedes, pero confieso no haber estado preparado.

»No tienen más remedio que aceptar mi origen extra-terreno. Mis conocimientos son más adelantados que los de ustedes. La señorita Wisley lo puede decir, porque ha visto mi nave por dentro.

—Yo no tengo la menor duda —habló el sheriff Winn.

—Gracias, sheriff. Sé cómo piensa. Pero no todos aceptan reconocerlo... Ah, ya viene el ejército —añadió Diist, señalando la carretera—. Es mejor que vayamos a su oficina, sheriff. Les ruego a todos que se retiren. Al coronel Granger no le hará mucha gracia

verme en cordial camaradería con ustedes. El coronel Granger, como se llamaba el jefe de la fuerza militar enviada por el gobernador, saltó del jeep en el que viajaba, y avanzó, seguido de cuatro oficiales, hacia la oficina del sheriff. La tropa, obedeciendo órdenes, permaneció en sus camiones, para luego continuar viaje hacia el lugar en donde suponían al extra terrestre.

Pero la sorpresa del militar fue enorme, al entrar en el despacho y ver allí a un ser inquietante, sentado en una silla.

—¿Qué demonios...?

El sheriff Winn se apresuró a decir:

—Hemos llegado a un acuerdo con el señor Diist, coronel. Le estábamos esperando a usted. Permítame presentarle a un individuo de otro mundo.

—¿Quién es usted? Quítese ese casco para que podamos verle el rostro.

—Lo siento, coronel Granger —dijo Diist—. No puedo.

—¿Cómo sabe usted mi nombre? ¿Quién es usted? ¡Hable y considérese arrestado!

—Usted no puede arrestarme, coronel. Ni usted ni rodos sus soldados. Sin embargo, creo que podemos llegar a un pacífico arreglo. Por encima de usted hay otras jerarquías. Y éstas son las que yo espero.

—Tengo órdenes de arrestarle y conducirlo a Richmond, para ser interrogado por un tribunal militar —dijo Granger, volviéndose a los oficiales que había en :a entrada—: Arresten a ese individuo y llévenle al camión número seis.

Ninguno de los oficiales se movió.

—¿No me han oído? ¡Obedezcan!

Nadie se movió ni contestó. Todos continuaron en la misma postura adoptada al principio, aunque ahora parecían algo más rígidos.

—No se moleste, coronel Granger —dijo Diist, de nuevo—. No pueden obedecerle. He dominado sus mentes. Le oyen, pero no pueden hacerle caso.

—¿Qué,..? —empezó a barbotar el coronel.

—Mi propósito es entrevistarme únicamente con el presidente de esta nación. Es preferible que informe usted de ello a sus superiores.

—¡Esto es inaudito! ¡No sé quién es usted, ni lo que se propone, pero esto le costará muy caro!

Diist se puso en pie y se acercó al furioso coronel.

—Oiga, señor. Usted no parece darse cuenta de la realidad. Yo no soy de este planeta. No pertenezco siquiera a su raza. Soy uránida y mi poder técnico es muy superior al de todos ustedes. Si tuviera intención de causarles daño, ya lo habría hecho. No tengo más que mover un dedo y se le pondrían los cabellos de punta.

»Mi cerebro no es como el de ustedes. Me basta formular un deseo y el influjo magnético de mi mente obra por mí. Estoy aquí para hablar con el presidente.

—¡El presidente no descenderá a venir a verle a usted!

—Hará muy mal. Yo podía dirigirme a otro presidente. Al francés, o al soviético, por ejemplo. Pero si lo hago, todos ustedes lo lamentarían. Sé que me encuentro en uno de los países más importantes de la

Tierra, pero confieso que les necesito a ustedes, como toda esta humanidad necesita de mí.

»Me propongo ofrecerles un intercambio técnico y científico, para solucionar muchos de los males que aquejan a este mundo. Si acceden ustedes a mi proposición, les garantizo inmediatamente el fin de todas las enfermedades que afligen a las gentes, aunque eso no gustaría al cuerpo médico.

»Acabaré con las guerras también, y dejaré sin trabajo a los militares. La humanidad no padecerá hambre y se vivirá diez veces más de lo que se vive ahora, creciendo la población hasta límites increíbles. Pero que nadie se alarme. Solucionaré todos los problemas implícitos en ello.

El coronel Granger, que parecía a punto de estallar, rugió:

—¡Imposible! ¡Eso no puede ser!

—He devuelto la vida a este hombre —añadió Diist, señalando al silencioso Quincy—. Todos lo han visto.

El coronel miró al aludido y luego se volvió a Diist.

—¿De dónde procede usted?

—De Seederg, el planeta que ustedes llaman Urano. Hace siglos que visitamos la Tierra, pero de un tiempo a esta parte nos preocupa todo lo que hacen ustedes para la conquista del espacio, que no será tal, porque el sistema solar en el que vivimos ya está conquistado, o al menos, descubierto.

«Nosotros no tenemos ansias de conquista, ni deseamos imponer a nadie nuestras leyes y costumbres. Los pueblos han de ser libres para elegir

su propio destino. Sin embargo, para establecer relaciones amistosas, habrán de aceptar importantes cambios en sus costumbres.

El coronel Granger se frotó el mentón.

—Yo no puedo aceptar nada de lo que usted proponga. Mi deber es llevarle a Richmond y presentarle ante el tribunal.

—Lo siento, coronel —intervino el marshal Gantry de pronto—. Pero este hombre nos pertenece a nosotros.

—¡Y no permitiremos que salga de Canyon Creek! —añadió el sheriff Winn, en tono casi desafiante.

—¡Represento a la autoridad suprema del Estado ¡Se trata de un asunto de seguridad especial, relacionado con la defensa del país!

—De eso no hay nada concreto aún, coronel —insistió Winn—. Y aquí no hacemos más que hablar, sin decidir nada.

»Si ese ser es culpable de algo, eso lo han de decidir nuestras leyes locales. Podemos hasta procesarle legalmente. Y la única acusación que podemos hacer contra él es de indocumentado e inmigración clandestina.

—¡Nos dijeron que había secuestrado a una joven!

—Esa joven ya está con sus padres y puede servir de testigo en el proceso.

—Ustedes se proponen proteger a este individuo y eso puede ser un terrible peligro para toda la nación —declaró el coronel.

—La justicia lo ha de decidir, coronel —concluyó Gantry.

* * *

Seth Nathan se había llevado a Jack a su casa. El joven estaba muerto de sueño y necesitaba descansar. Durante el camino, el padre se disculpó con el hijo, por la bofetada que le dio la víspera.

—Debes perdonarme, Jackie. Estaba nervioso por lo que me habían dicho. Y creí que...

—No tienes que disculparte, papá. Me ocurrió a mí como podía haberle ocurrido a cualquiera. Mi temor era por Diana, pero ahora que está bien y en casa de sus padres no siento ninguna inquietud. Sé que todo esto terminará bien. El señor Diist es bueno.

—Además, esto nos reportará muchos beneficios —añadió el viejo—. Vendrán los periodistas al almacén ir querrán saber lo que ocurrió... ¡Pero tú no dirás nada a nadie, a menos que nos paguen bien! ¿Me entiendes, Jackie?

—Sí, papá. Es un caso insólito.

—¡Y del que se hablará mucho durante bastante tiempo! Y ya que has sido actor de lo ocurrido, si la gente quiere enterarse, que paguen.

En la casa de los Nathan, junto al almacén, la señora Nathan abrazó a su hijo menor y luego le sirvió un copioso desayuno.

—Tienes que comer y descansar, Jackie. Ya has sufrido demasiadas emociones.

Poco después, Jack dormía plácidamente. Pero algo ocurrió durante su reposo. Imaginó que alguien le

llamaba en la oscuridad.

—Jack, por favor. Despierta y escúchame.

El joven abrió los ojos, se incorporó y miró en derredor, sin descubrir a nadie. Sin embargo, la voz continuó susurrando en sus oídos:

—Atiende, Jack. Necesito que me hagas un señalado favor.

—¿Quién me habla?

—Soy Diist, el uránida. Estás dormido, pero tu mente se halla despierta. También sé que eres un joven valiente, en el que se puede confiar. Deseo que, al levantarte, sin decir nada a nadie, vayas al lugar en don está mi nave.

»Nadie puede verla porque se ha vuelto transparente, Pero está allí. Quiero que te acerques a ella y la toques. Encontrarás una escalera y la escotilla abierta, Debes subir al interior y, una vez dentro de la cabina intermedia, pensar con fuerza en querer entrar.

»Tu solo deseo mental será suficiente para que se cierre la escotilla y se descorra la compuerta que comunica con el interior. Entonces, entra. Allí estará Diana Wisjey esperándote.

»Ella me vio manejar la cámara de inversión de tiempo y sabe cómo hacerla funcionar. Va a celebrarse un proceso y quiero que averigüéis lo que va a ocurrir. Están interviniendo fuerzas incontroladas. Es muy importante que hagas lo que te he dicho.

»En la pantalla se proyectará lo que va a ocurrir en los días que se avecinan. A mí me está prohibido saber todo lo relacionado conmigo. Pero vosotros podéis conocerlo.

»Te explicaré detalladamente cómo debes manejar el inversor del tiempo. Presta mucha atención. Hay seis pulsadores y tres palancas. Son bolas sujetas al tablero y están situadas en fila, debajo de cada palanca. La del centro es para el presente. La izquierda nos mostrará el pasado y la que está a la derecha nos proyectará el futuro.

»Debes empujar la palanca de la derecha hacia arriba y luego hacer girar las bolas que están inmediatamente debajo. Entonces, fíjate en la pantalla de proyección. Si has adelantado mucho en el tiempo con el primer pulsador, puedes retrocederlo con el pulsador injertar. Verás una serie de líneas blancas en la parte superior de la pantalla. Cada línea corresponde a un tiempo equivalente a uno de vuestros días terrestres y representa el avance del tiempo en veinticuatro horas.

»Te concentrarás en mi persona y moverás el disco central, color negro, hasta encontrar la imagen que corresponde a mi figura. Podrás hallarme concentrándote en mí. Esto es importante. Tus influjos mentales accionan un selector ultrasensible, cuyos radios magnéticos realizan el rastreo a distancia. No sé dónde estaré, pero supongo que no será lejos de Canyon Creek. Y cuando me localices, no debes dejarme. Bloquea el disco central y mueve los pulsadores. Los días irán pasando en la pantalla y la imagen se irá desdoblado cada tres minutos.

»Para que se prolongue una escena hay que pulsar el mando verde. Entonces, se fijará la imagen al tiempo terrestre y podrás observar todo lo que yo haga

u ocurra en torno mío.

»Deseo que te enteres de lo que va a sucederme en los próximos días. ¿Has comprendido?

—No estoy muy seguro —replicó Jack, sin saber si dormía o estaba despierto.

—De todas formas, a Diana Wisley le he dado las mismas instrucciones. Y ella ha visto funcionar el inversor del tiempo. Una vez me hayas localizado y averiguado lo que ocurrirá, inviértelas la imagen al presente. Después, ven a comunicarme lo que has visto. —¿Para qué servirá esto?

—No te lo puedo decir. Pero si actúas según mis instrucciones, harás un gran favor a la humanidad y te lo harás a ti mismo. Créeme. Tú sabes que no he venido aquí a causaros ningún daño. Sin embargo, no han salido las cosas como tenía previsto.

»Presiento que hay fuerzas que tratan de destruirme. No deseo que eso ocurra. En Seederg sentaría muy mal si recibo daño. Posiblemente no lo perdonarían nunca. Y el castigo podría ser espantoso. Hay que evitar que ocurra lo irremediable.

»Hasta ahora, creo dominar la situación. Pero en las lejanas y altas esferas del gobierno de este país hay seres que desean mi destrucción, para sus intereses particulares. Tal vez teman perder sus privilegios. Son egoísmos, ambiciones, intereses bastardos.

»Hay seres que se benefician de la ignorancia de los demás. Empiezo a saber mucho más de lo que pensaba de vosotros. Hay en vuestras mentes un trasfondo psíquico que nos desorienta, porque no actuáis con lógica natural, sino por instinto primario.

»Nosotros leemos vuestros pensamientos a través del rebote telepático que emitimos. Pero hay terrestres capaces de pensar más aprisa de lo que nosotros somos capaces de captar, quedándome, con frecuencia, algo desconcertado por la inconexión de las ideas que recibo.

»En realidad, Jack Nathan, no espero que me entiendas, sino que hagas lo que te he dicho. Del resultado de tu gestión tomaré mi decisión definitiva.

»Por favor, Jack; no me defraudes. Sé que el beneficio de tu ayuda será para ti. Jack Nathan despertó al mediodía. Abrió la ventana, se vistió y luego salió subrepticamente, dirigiéndose al almacén posterior, donde tenía la motocicleta.

Oyó a su madre gritar algo a su hermano Fred, mientras sacaba la máquina, sin poner el motor en marcha. Luego, se alejó y subió al sillín, al deslizarse por la suave pendiente.

Poco después, ponía el contacto y el motor se encendió, emitiendo algunas falsas explosiones. La moto brincó y Jack, asido al manillar, se alejó rápidamente del pueblo, en dirección a Hurón Plain.

Al remontar una depresión, se detuvo, viendo evolucionar varios helicópteros que sobrevolaban la zona de Hurón Plain.

Reanudó, sin embargo, la marcha, descubriendo, poco después, algunos camiones con soldados, a los que eludió, tomando una senda que conocía muy bien, y luego bordeando un arroyo.

Antes de llegar a su destino hubo de parar la moto, que ocultó entre unos matorrales. Luego, avanzó a pie,

escuchando atentamente y mirando con fijeza en derredor.

No se extrañó al ver tropas armadas. Dedujo que debió llegar más de un regimiento, provisto de armas rápidas y ligeras.

Al fin, no tuvo más remedio que detenerse, al descubrir una verdadera barrera de soldados.

«¡Dios mío! ¿Cómo cruzo esa barrera y llego hasta la nave?», se preguntó Jack, consternado.

Sabía que Diist le dio una orden. Era necesario cumplirla o podía suceder algo terrible. Pero no se sintió capacitado para realizar la proeza de cruzar entre tanta tropa sin ser visto.

Así, permaneció tendido en tierra, oculto entre las malezas, sin saber qué decisión tomar. Y mientras se decidía, una patrulla cruzó cerca de él. Oyó decir a un oficial:

—Hay que cubrir los puntos en torno al sector marcado. ¡Debéis disparar contra quien trate de acercarse! ¿Entendido?

—Sí, teniente —replicaron algunos soldados.

Jack comprendió que era necesario retirarse. Sin embargo, se resistió a hacerlo. Tenía que llegar a la nave. Diist se lo había ordenado por telepatía.

Por esto se obstinó en seguir adelante. La nave había desaparecido a los ojos de todos, y sólo él y Diana conocían el lugar exacto de su emplazamiento.

«No hay más remedio que atreverse. Si he pasado una vez la barrera magnética, lo haré otra vez. Diist lo habrá previsto. ¡Animo, Jackie; no te descorazonas!»

Abrió mucho los ojos al empezar a reptar. Ganó

unos metros. Alzó la cabeza y vio ante él un soldado, mirándole... ¡Pero tuvo la certeza de que no le veía! ¡Aquel individuo era como si estuviese ciego! Y luego giró, alejándose unos metros, siempre empuñando el fusil automático.

Jack suspiró aliviado. Había temido lo peor.

Y reanudó su avance, lentamente, sin levantarse, en dirección al objetivo invisible que le habían encomendado.

CAPITULO VI

Desde la ventana de su oficina, el sheriff Winn admiró el lujoso «Porsche» azul eléctrico, con matrícula de San Francisco, que se detuvo ante el almacén de los Nathan. Volviéndose a Quincy, masculló: —¡El ejército, el Gobierno y los curiosos! ¡Es endiabladamente inevitable! ¿Quiénes serán esos?

El comisario «revivido» se acercó a la ventana y pudo ver dos hombres elegantes entrando en el almacén. —Apuesto a que son agentes del FBI o de la CIA. Frente al despacho del sheriff, vigilando la entrada, se hallaban los ayudantes del marshal Gantry. Había otros dentro de los coches, y los cañones de los rifles surgían de las ventanillas. El propio Gantry estaba allí, conversando con un mayor del ejército.

Y a unos cincuenta metros, rodeando totalmente el edificio de la ley, había la más impresionante barrera de soldados jamás vista en Canyon Creek. —¡Y vendrán más! —añadió Rocky Winn. —Estaba pensando si no serán agentes extranjeros —observó

Quincy, mirando de reojo a su jefe.

—¡Lo que nos faltaba! ¡Lees demasiadas novelas de espías!

—Hay demasiados agentes soviéticos en este país. Pueden arriesgarse por saber lo que ocurre aquí. — ¡Pues allá se las entiendan con el ejército! Nosotros vigilaremos a Diist. ¡Es nuestro y no se lo entregaremos a nadie! —Diciendo esto, el sheriff giró sobre sus talones y se encaminó hacia una puerta que había al fondo.

Al llamar sobre la madera, una voz preguntó al otro lado:

—¿Quién es?

—Soy yo. Abre, Henry.

Henry Colé, el repartidor de los Nathan, abrió la puerta. En el pasillo, frente a las dos únicas celdas, había otros cuatro hombres, todos armados. Eran leñadores que prestaban servicio voluntario en defensa de la ley.

Nada más entrar el sheriff, Henry se apresuró a cerrar la puerta.

En una de las celdas, sentado en la litera y hablando con el Juez Wisley, estaba Diist, dentro de su insólito atuendo plateado.

El juez, detrás de una mesita, escribía con bolígrafo sobre un puñado de cuartillas, pero dejó de hacerlo al acercarse el sheriff.

—El pueblo está muy animado —dijo Rocky Winn—. No hace más que llegar gente. Tengo la impresión de que, sin haber aparecido la noticia en la Prensa, ya se ha enterado todo el mundo.

—Son ustedes muy extraños —habló Diist, volviendo su escafandra hacia el sheriff, como si le estuviera mirando a través de las ranuras de su máscara metálica—. ¿Por qué no hacen las cosas bien?

—Es usted nuestro protegido, señor Diist. Para que le encierre el ejército, es mejor que esté aquí. Y desoiremos todo lo que nos digan. Primero es Canyon Creek. Nunca se han acordado de nosotros para nada.

Ahora, todos quieren hacerse oír. ¡Pues no; tenemos nuestros derechos!

—Que yo respeto, naturalmente —repuso el uránida—. Pero lo mejor es que venga de una vez el presidente.

—Hemos hecho un trato, ¿no es así, señor Diist? —quiso aclarar el sheriff.

—Ciertamente —asintió el uránida.

—Pues hasta que no acuda el presidente, usted permanecerá aquí. Y si es necesario, fingiremos condenarle legalmente y le retendremos todo el tiempo que sea preciso.

Diist pareció encogerse de hombros, pues dijo:

—Me da lo mismo estar aquí o en otra parte. Lamentaría, sin embargo, que les ocurriera algo nefasto por adoptar una actitud tan... desafiante.

—¡Nada de eso! —exclamó el juez Wisley—. La ley es la ley y la constitución es la constitución. Yo me amparo en ello y ni el tribunal supremo puede desautorizarme. Soy el encargado de juzgar y tengo sobrados motivos para acusarle a usted de rapto.

—¡Cambie esa acusación o no podrá juzgar al señor Diist! ¿Y el fiscal? ¿Cuándo regresará de su

pesca?

—Hay tiempo. Yo actúo en su lugar. Conozco bien a James. ¡Usted cuídese de la vigilancia, que yo me ocuparé de la ley, Rocky! —masculló Wisley—. Es rapto involuntario, por supuesto. Si todo se arregla, luego podremos acogernos al quebrantamiento de forma.

Winn fue a decir algo, pero se oyó fuera el timbre del teléfono. Al dirigirse hacia la puerta, le llegó la voz de Alex Quincy, que gritaba:—¡No le oigo bien! ¿Quién dice...? ¿El Pentágono...? Sí, sí, aquí es... ¡A sus órdenes, mi general!

Winn indicó a Henry Colé que abriera la puerta.

—Ahora es el Pentágono, señor Diist. Confío en que antes de acabar el día, nos llame el propio presidente.

Salió el sheriff en el instante en que el marshal Gantry y el mayor del ejército llamaban a la puerta de cristales.

—Ábreles, Alee.

Winn, sin inmutarse, alargó la mano para tomar el auricular.

—Es el general Ellison, del Alto Estado Mayor Central... ¡Le llama desde el Pentágono!

—Sí, aquí el sheriff Winn, de Canyon Creek. Dígame usted, general. Le escucho perfectamente... No, no; eso no puede ser. Lo siento, es el juez Wisley... Rapto, señor. O algo así. A usted le puede parecer una zaranjada, pero la ley es así... No, no. El detenido se niega a hablar, excepto si viene el presidente... Sí, sí... Lo entiendo, señor... Pero no puedo hacer nada... Yo....

¡No le aconsejo que lo haga, señor! ¡Piense usted en...!

El golpe que dio el general Ellison al colgar el auricular, obligó a Winn a retirar el suyo del oído.

—¡Recontra, vaya un carácter! —exclamó, volviéndose a Gantry y al oficial—. Parece que en el Pentágono están algo contrariados.

—Así es —dijo el acompañante del marshal—. Acabo de recibir órdenes de llevarme al detenido.

—Lo siento. Así se lo he dicho al general Ellison... No se lo llevarán.

—¡Tengo órdenes de asaltar este edificio con mis tropas y trasladar al detenido! ¡No intente oponerse, sheriff!

—¡Nos oponremos hasta el fin! —retó Winn. —Se lo he dicho, mayor Brewster. No hay nada que hacer.

—¿Es la última palabra?

—La última y la única. Juré defender la ley y estoy dispuesto a morir antes de faltar a mi juramento.

—¡Está usted loco, sheriff; perdone que se lo diga! —gritó el militar—. ¿Es que no comprende que nada pueden hacer contra nosotros? Somos un regimiento completo y ustedes no son más que un grupo de insensatos.

—Le ruego que no siga insultándonos, mayor —intervino Gantry—. Represento a la ley del condado. Esto es un país libre y conocemos nuestros derechos. Y, por si fuese poco, hay un juez tomando declaración al detenido, en ausencia del fiscal, que deben ustedes haber bloqueado.

»Pero óigame bien. Si lanza a sus tropas contra nosotros, la polvareda que se armará en todo el país

será apocalíptica. Estoy seguro de que se llevará hasta sus galones.

—¡Están ustedes burlándose de todos los americanos! chilló el mayor Brewster—. ¡Y no tienen derecho a retener aquí a un sujeto que puede ser un peligro para todo el continente!

—El señor Diist es tan peligroso aquí como en un calabozo militar —repuso el sheriff Winn—. Nosotros le hemos detenido y .nos pertenece. Además, hay otra cosa clara: ¡el detenido no quiere ir con ustedes! Su único deseo es hablar con el presidente de los Estados Unidos. Y si tan importante creen ustedes que es Diist, ¿por qué no viene el presidente?

—No debemos correr riesgos.

—Ni yo puedo faltar a mi deber.

—¿Es su última palabra, sheriff?

—¡Sí!

—Pues aténgase a las consecuencias... ¡Le pesará! —rugió el mayor Brewster, dando media vuelta y dirigiéndose a la puerta.

Al salir, dio tal portazo que se rompieron todos los cristales.

—Alee, anota la rotura de los cristales a los gastos del ejército. Junto con el soportal de Marty y la gallina de la señora Palmer. Lo pagarán todo.

—La situación se está poniendo tensa —comentó el marshal Gantry—. Los g-men nos atacarán si les dan la orden.

—¡Que lo hagan, si tienen hígados! —masculló Winn.

—Si estuviésemos en Richmond, yo les entregaría a

Diist —insistió Gantry, cuya entereza empezaba a debilitarse.

—Pero estamos en Canyon Creek. Y hay aquí doscientas cincuenta personas que son doscientas cincuenta razones para oponerme a lo que diga el ejército ¡Y si viniera la Marina y la Aviación, seguiría diciendo lo mismo!

—Allá usted, Rocky. Yo, por lo que pueda ser, me vuelvo a Richmond con mis hombres.

—Si se marcha se perderá lo mejor, marshal

—Aquí ya no hay quien esté tranquilo, y yo, menos. Sólo veo bayonetas y ametralladoras por todas partes. Adiós, Rocky. No me lo tome a mal, le deseo suerte. Gantry salió a la calle, donde el ingeniero Mulligan discutía con un sargento que pretendía cerrarle el paso.

—¡No tiene usted derecho a interponerse en mi camino, sargento! —decía el ingeniero de montes—. Vivo en este pueblo y necesito ver al sheriff. ¡No pueden privarnos de nuestros derechos constitucionales!

—Tengo órdenes de no dejar pasar a nadie.

Rocky Winn, desde la oficina, gritó:

—No se preocupe, Mulligan. Todo está en orden aquí. No nos intimidarán.

—El juez me ha llamado como testigo —insistió Mulligan—. Acaba de llamarme a la oficina de la Compañía Maderera.

De la casa del alcalde Conway, en donde el ejército había instalado el cuartel general, salieron el mayor Brewster y el coronel Granger. Ambos parecían muy

excitados.

Y fue el mayor Brewster quien, abriéndose paso entre la triple fila de soldados, se acercó adonde discutían el sargento y Mulligan, junto a un pesado carro blindado de cuarenta toneladas.

—Déjele pasar, sargento —ordenó Brewster.

El suboficial asintió y el ingeniero se encaminó a la oficina, con una sonrisa en los labios.

—¿Atacan o no, mayor? —preguntó el sheriff, desde la puerta de su despacho.

—¡Váyase usted al diablo!

—Ya imaginaba yo que todo era pura baladronada. Adiós, marshal Gantry. Buen viaje.

Gantry agitó la mano a través de la ventanilla de su coche, dirigiéndose hacia la barrera de tropas que bloqueaba la calle. Pero un oficial dio órdenes de dejarles pasar.

Desde la ventana superior del almacén de Seth Nathan, un hombre puso en funcionamiento una filmadora, tomando la vista general de la calle, de las tropas y de la partida del marshal y sus hombres.

* * *

A media tarde, un camión militar llegó velozmente al pueblo. Se detuvo delante de la mansión del doctor Krafft, y cuatro soldados saltaron a tierra, llevando en brazos un cuerpo insensible.

Algunas personas, situadas en las inmediaciones, pudieron reconocer el cuerpo de Jack Nathan. Alguien

gritó de modo estridente, al ver el reguero de sangre que dejaron sobre la acera. Y la noticia no tardó en extenderse por todo el pueblo:

—¡Han matado a Jackie Nathan!

El teléfono repicó estruendosamente en la oficina del sheriff. David Hillcott habló apresuradamente con Rocky Winn.

—¡Los soldados acaban de traer a Jack Nathan bañado en sangre! ¡Dicen que está muerto! Pero si lo estuviera, no se lo habrían traído al doctor Krafft...

—¿Qué? ¡Ponme inmediatamente con el «Doc»! , Las líneas telefónicas zumbaron. Los timbres parecían tener más virulencia.

—Edith, soy Rocky. Me han dicho que Jack Nathan...

—Sí, Rocky. Lo acaban de traer unos soldados —explicó con voz tensa la esposa del doctor Krafft—. Ahora lo está reconociendo mi marido. Parece muy mal.

—¿Qué le ha ocurrido? ¡Creí que estaba durmiendo!

—No lo sé. Uno de los soldados ha dicho que le dispararon cerca de Hurón Plain. De allí le han traído.

—¡Por todos los diablos! ¡Tenme avisado de lo que ocurra!

—Sí, sheriff. Y creo que todos están locos. ¡Qué desgracia más grande nos ha caído enci...

Winn colgó el teléfono, sin dejar concluir a la esposa del doctor. Estaba pálido al volverse hacia el comisario Quincy.

—Es Jack Nathan... —murmuró—. Los soldados

han disparado contra él, cerca de Hurón Plain. ¿Y qué estupidez estaba haciendo allí otra vez ese chico? ¡Le suponía en su casa, durmiendo!

Se dirigió el sheriff hacia la puerta sin cristales y oteó la calle. La tarde estaba cayendo. Pronto anoecería. Poco antes le habían informado de que el ejército bloqueaba carreteras y caminos vecinales, para impedir el paso a la legión de periodistas que llegaban de todas partes. Ahora, la trágica noticia, acerca de Jack, ponía otra pincelada dramática en el caso.

Por suerte, el ejército se había conformado con amenazar, pero no había actuado aún. Y la tropa continuaba allí, expectante, con las bayonetas caladas, pero sin dar un paso adelante.

En aquel momento, la puerta de la cárcel se abrió, saliendo el juez Wisley, quien dijo:

—Casi listo, Rocky. Mañana o pasado podremos celebrar el proceso, aunque Bertie haya de sustituir al fiscal. Hará falta, empero, un abogado defensor.

—Tengo malas noticias, señor juez... ¡Jack Nathan está herido de gravedad!—¿Eh?

—No entiendo cómo ha ocurrido. Pero acaban de traerle de Hurón Plain. Dicen que el ejército ha disparado contra él.

—¿Por qué no informamos a Diist? —propuso Quincy—. Si le ocurre algo al muchacho, él puede curarle.

—Yo se lo diré —dijo Winn—. No se marche usted, juez Wisley. Si el ejército no nos ha atacado ya es gracias a usted.

—Me quedaré. Pero déjeme llamar a casa.

—Sí. Hágalo.

Winn penetró en los calabozos. Allí estaba el ingeniero Mulligan, conversando con Diist.

—No, señor Mulligan —decía el uránida—. No tenemos ríos, ni árboles, ni montañas. En Urano llueve sobre los llanos cuando a nosotros nos conviene. Hay zonas verdes y sembradas, pero todo se realiza químicamente, por controles remotos.

—¡Eso debe ser formidable!

—Ha ocurrido un grave accidente —dijo Winn, acercándose—. Han herido a Jack Nathan.

—Me lo temía —dijo Diist, sin alterar el tono de su voz—. Fui yo quien le mandó. Lo siento.

—¿Usted le mandó? ¿Cómo?

—Telepatía extrasensorial. Necesitaba que alguien fuera a mi nave a efectuar una comprobación importante. Pensé que él... ¿Está muy mal?

—No lo sé. Parece que sí.

—De todas formas, no se preocupen. Yo me ocuparé de él. Si muere, diga que le traigan aquí... Porque no sería prudente que yo saliera, ¿verdad?

—¿Y no puede usted sanar a un herido en vez de resucitar a un muerto?

—Sí, por supuesto. Con más facilidad —respondió Diist.

—Pues pediré al doctor Krafft que nos envíe al herido.

Diana Wisley tuvo más suerte que Jack Nathan. Conocía bien el terreno y llegó a las cercanías de Hurón Plain al caer la tarde. Al ver tanta tropa en las inmediaciones de su objetivo, se ocultó cuidadosamente. Para ello, trepó a un árbol y aguardó a que fuera noche cerrada. Entonces, descendió de su alado refugio y se arrastró lentamente.

Llevaba pantalones téjanos y un chaquetón azul oscuro atuendo éste que le permitía confundirse con la oscuridad. En varias ocasiones pasó muy cerca de los grupos de vigilancia, y no fue descubierta.

Diana había pertenecido a un grupo femenino de exploradores y conocía las tretas de los pieles rojas. Además, le acompañó la suerte. Y en menos de una hora llegó al lugar en donde estaba la nave de Diist, cerca de donde el ejército había instalado baterías ligeras, anti- tanques y ametralladoras.

Era evidente que el ejército había descubierto la nave extraterrestre, que continuaba invisible al ojo humano. Alguien debió tropezar con ella y por tal causa se montó el cerco de vigilancia.

Cuando llegó Diana, un grupo de zapadores estaban instalando grandes focos. La actividad en la zona era increíble.

La joven, agazapándose bajo un equipo móvil de comunicaciones, aprovechó un descuido y se introdujo entre los aplastados ramajes. Conocía perfectamente el sitio donde estaba la entrada de la nave, pero temió ser descubierta antes de poder penetrar en ella, debido a los grandes focos.

No fue así, dado que la entrada, también invisible, estaba abierta. Diana logró introducirse, comprobando con asombro, que la invisibilidad de la nave sólo era exterior. Desde luego, no la había visto nadie. Y dentro del platíbolo, vio ocultarse la escalerilla y luego abrirse la cabina circular.

Allí dentro, el silencio era total.

«¿Dónde estará Jack? —se preguntó la muchacha—. Diist me dijo que estaría aquí.»

Recordó con toda claridad las instrucciones recibidas por telepatía —exactamente iguales que a Jack— y decidió ponerlas en práctica. Para ello, se acercó a la pantalla de inversión del tiempo.

Tras breve vacilación, empujó una de las palancas. Se iluminó la pantalla y brotó la imagen de un paraje boscoso, que no pudo reconocer. Manióbró a derecha e izquierda las dos bolas, para situar el tiempo en un futuro corto, hasta que surgieron cinco rayas blancas en la parte superior de la pantalla. Luego, giró el disco central. -

La imagen cambió, apareciendo ahora un paraje de Canyon Creek, muy conocido de ella, en pleno día. ¡Y lo que vio, como una proyección, en la pantalla, le hizo soltar un grito! Un tanque del ejército estaba disparando contra la oficina del sheriff!.

Y vio a la gente correr. Los soldados atacaban, disparando sus fusiles. La confusión era espantosa. Vio también una ametralladora pesada, instalada en el porche de los Benson, que manejaban tres soldados.

La imagen se centró, entonces, sobre el edificio medio en ruinas, de lo que había sido la oficina del

sheriff, entre cuyos escombros surgía una tambaleante figura.

¡Era Diist, el uránida!

CAPITULO VII

—Está bien, Permitiré que trasladen el cuerpo a su oficina. Pero deseo estar presente cuando ese individuo resucite al muchacho —dijo el coronel Granger.

—De acuerdo, coronel. No quiero privarle del placer de ver algo verdaderamente sobrenatural. También es interesante que se convenza usted de que Diist está muy por encima de todos nosotros.

Alee Quincy y el ingeniero Mulligan, a una seña del sheriff, abandonaron la oficina, seguidos del coronel Granger, quien dio instrucciones a los oficiales.

Era de noche y los grandes focos instalados en torno al edificio daban al escenario un aire cinematográfico, como de rodaje de una superproducción bélica.

La gente había sido obligada a retirarse a sus viviendas. Se decretó el toque de queda. Y por todas partes sólo se veían tropas en estado de alerta. También, en el cielo de la noche, volaban algunos helicópteros, haciendo mucho ruido.

Quincy y Mulligan se dirigieron a casa del doctor Krafft, el cual les estaba esperando. Allí se hallaban el mayor Brewster y dos oficiales, uno de los cuales era

médico militar.

Y en el suelo, sobre una camilla y cubierto con una manta, estaba el cadáver de Jack Nathan. Al fondo, apoyada en el marco de una puerta, sollozando, se encontraba Edith Krafft.

—¿Está muerto, capitán Kelly? —preguntó el coronel Granger al oficial médico.

—Sin duda alguna, señor.

—El sheriff ha dicho que nuestro uránida le devolverá la vida.

—¡Sólo él puede hacerlo —exclamó el doctor Krafft—. ¡Miren a ese hombre! —El médico de Canyon Creek señaló a Quincy—: También estaba muerto. Ahí le tienen, ¡él le devolvió la vida!

Los oficiales miraron a Quincy con ojos muy abiertos.

—¿Qué le sucedió a usted? —preguntó Granger.

—Disparé contra Diist y él hizo que la bala se volviera contra mí. Eso fue todo. Caí y no recuerdo más. Luego me han dicho que estuve muerto y lo creo.

—¿Puedo ver su herida? —preguntó el capitán Kelly.

—No me ha quedado ni cicatriz.

Kelly bizqueó.—¿Puedo ir con ustedes? —preguntó el doctor Krafft, al ver a Quincy y Mulligan, que tomaban la camilla.

—Sí —dijo el coronel Granger—. Y usted también, capitán Kelly. Quiero que sean testigos de lo que va a ocurrir.

Salieron todos y se encaminaron a la oficina del sheriff, el cual estaba aguardándoles, en compañía del

juez Wisley. El único comentario que se hizo fue por parte de Winn:

—Me alegro de que no estén aquí los Nathan... ¡Pásenlo al calabozo, por favor!

—Quiero que el doctor Kelly y el doctor Krafft presencien esa... operación —habló el coronel Granger.

—No hay inconveniente. Pero estaremos un poco apretados. ¿No atacarán sus tropas en este momento, coronel?

—Descuide. Estamos a la espera de órdenes de Washington. Se celebra una reunión especial, con el presidente. Me avisarán antes de hacer nada.

—Es un respiro.

Henry Colé, que estaba comiendo un bocadillo, abrió la puerta. Pasó primero la camilla, seguida de todos los demás.

Fue entonces cuando el coronel Granger vio por vez primera al uránida, que se hallaba ante la puerta de la celda. Su voz metálica y ominosa dijo:

—Déjenle en tierra... Ahí mismo, Mulligan.

La camilla fue depositada en el suelo, ante la cerrada puerta de la celda. Diist se agachó e introdujo una mano entre los barrotes, mientras Aleé Quincy retiraba la manta, que cubría el cuerpo semidesnudo y ensangrentado de Jack Nathan.

Era un espectáculo impresionante. El bisturí del doctor Krafft había desgarrado el pecho del joven, tratando de salvar su vida.

—Permítame decirle que esto es una carnicería. No hay necesidad de rasgar los tejidos para curar a un

herido —dijo Diist, mientras preparaba los contactos del tregft—. Vean cómo se cierra y cicatriza una herida, por cohesión celular magnética.

De la punta del aparato que empuñaba Diist surgió una luz rosada, casi roja, intensa. ¡Y todos pudieron ver, atónitos, cómo se cerraba la herida, borrándose incluso la sangre, cuyos coágulos se diluían bajo la piel!

En menos de tres minutos, las incisiones hechas por las balas y el bisturí de Krafft desaparecieron por completo, sin dejar la menor huella.

—¡Asombroso! —exclamó el capitán Kelly.

—Y ahora, le devolveré la vida y la energía. Las balas han sido extraídas ya —continuó diciendo Diist, modificando algo en su extraño aparato, para acercarlo, ahora sin luz, hacia la frente del cadáver.

¡En el acto, Jack Nathan se estremeció ligeramente!

—Ya está vivo —dijo Diist—. Y les advierto que no he realizado magia ni hechicería alguna. Todo es enteramente científico. Ocurre, sin embargo, que ustedes no me comprenderían si les explicase cómo ha funcionado el tregft.

—¡No puedo creerlo! —declaró, con énfasis el coronel Granger, mirando, alternativamente, a Diist y Jack Nathan.

En aquel momento, el «difunto» parpadeó y abrió los ojos. Miró a Diist y preguntó:

—¡Oh, señor Diist! ¿Qué me ha ocurrido? Creo que..., ¡los soldados me dispararon!

—Sí, Jack. Te hirieron de gravedad —contestó el

uránida—. Pero no tienes que preocuparte. Ya estás bien.

Gracias por ayudarme. Ignoraba que hubiera tantos soldados.

El doctor Krafft, trémulo, ayudó a Jack a incorporarse. Le auscultó el pecho y le tomó el pulso, mirándole luego a los ojos. También el capitán Kelly hizo al joven un breve reconocimiento.

—No se extrañen, señores. Nuestra medicina es electrónica. El proceso de luz magnética, algo parecido a lo que ustedes llaman láser, ha unido las células, restaurándolas. Todo ha quedado como antes. En cuanto a la sangre perdida, hay que reponérsela inmediatamente.

—Tengo que informar inmediatamente a Washington —habló el coronel Granger—. Si el presidente no viene, soy capaz de ir con mis hombres a buscarle. —Y, mirando a Diist fijamente, añadió—: No sé si es usted amigo o enemigo. Pero lo que acabo de ver le hace merecedor de todos mis respetos.

»No seré yo quien trate de oponerse a su misión en la Tierra. Estoy seguro de que su presencia aquí nos beneficiará a todos.

Diist sacudió la cabeza.

—Lamento decepcionarle, coronel. A usted no le beneficiarán nuestras relaciones.

—¿Qué quier decir?

—Todos los países de la Tierra habrán de desmovilizar a sus ejércitos. Ya no habrán más guerras y la carrera militar dejará de existir. Habrán de adaptarse a la paz total y al desarme. Esa es una de las

condiciones que imponen mis superiores para el establecimiento de relaciones culturales y científicas.

—Créame si le afirmo, sin vacilar, que pediré la excedencia voluntaria cuando mi país no corra peligro de ser agredido por ninguna potencia extranjera.

—No habrá enemigos, coronel. Este planeta está a punto de entrar en una era de grandes cambios —replicó Diist—. Paz y seguridad para todos.

—Si eso fuera cierto, me sentiría muy dichoso —replicó el coronel Granger, firmemente convencido.

* * *

A la mañana siguiente llegó a Canyon Creek el senador Clarkson, como enviado especial del presidente de los Estados Unidos. Descendió de un helicóptero de la U.S. Navy, en un prado, cerca del pueblo. Y, en un coche oficial, que le esperaba, se trasladó inmediatamente a la oficina del sheriff Winn.

El senador Clarkson era un hombre de mediana edad, elegantemente vestido de negro, con sombrero de fieltro, gafas de montura de oro y corbata de lazo, plateada. Lucía un recto bigote blanquecino, y era de temperamento enérgico, tanto en su modo de hablar como en sus gestos imperiosos.

Penetró en la oficina y saludó a todos los reunidos, estrechando luego, particularmente, la mano de Rocky Winn, como haciéndole una gran concesión.

Tom Clarkson, senador del Congreso por el estado de Nevada, gozaba de gran popularidad. Aparecía con

frecuencia en televisión y su fotografía era de las más difundidas en todo el país.

—Bien, sheriff —empezó diciendo, con una amplia sonrisa—. Parece ser que se ha opuesto a la entrega de un individuo que dice proceder de otro planeta, ¿no es así?

—Se trata de un individuo que está siendo procesado —dijo el juez Wisley.

—¡Por favor, caballeros; no sean absurdos! ¿Qué se proponen? Tienen a todo el Gobierno pendiente de este asunto. Y, por supuesto, el presidente no vendrá a entrevistarse con ese... uránida. No puede hacerlo. Y ustedes se obstinan en obstruir nuestra labor de gobierno.

—El señor Diist debe comparecer ante la ley del condado —dijo el sheriff, muy dignamente.

—¿Se burla usted, sheriff? —increpó Clarkson, eclipsando su sonrisa condescendiente—. ¿Cómo se atreven a procesar a un individuo que, según ustedes mismos, no pertenece a este mundo?

—Sea de donde sea, ha cometido un posible delito dentro de este Estado. Y, según nuestras leyes, debe ser juzgado aquí —habló el juez Wisley, que estaba haciendo un considerable esfuerzo por dominarse. Poco antes, Diist le había informado que su hija Diana estaba dentro de la astronave, en Hurón Plain, por encargo del uránida.

—No tema por ella, señor juez. No le sucederá nada. Está colaborando conmigo. Yo respondo de su hija, señor.

Por esto, el juez Wisley tenía más interés que nadie

en Canyon Creek para que Diist no fuera sacado de allí.

—Tranquilícense, por favor —rogó el senador Clarkson, adoptando de nuevo su aire tolerante—. El asunto es grave. Hemos recibido informes confidenciales y he sido delegado para solucionar el caso.

»En primer lugar, ¿puede decirme alguno de ustedes si esto no es el principio de un plan sagaz para una próxima invasión del planeta? Se nos ha dicho que ese individuo puede, si lo desea, desarmar a todas las tropas que hay en el contorno.

»Nos han dicho, además, que pretende un acercamiento entre su raza y la nuestra, a condición de un desarme general de todos los ejércitos del mundo. Y deseo hacerles partícipes de la inquietud del presidente y la mía propia. ¿No se proponen desarmarnos y luego invadirnos? ¿Qué me dicen a esto?

—Digo que Diist no nos engaña —respondió Winn, secamente.

—Y sólo saldrá de aquí si viene a verle el presidente —añadió el ingeniero Mulligan.

—El presidente ha delegado en mí para que hable con ese individuo —dijo el senador Clarkson, con energía.

—Eso sólo será posible en el caso de que Diist quiera hablar con usted, senador —expuso Winn—. Y me parece que no querrá.

—¿Dónde está?

—Ahí dentro —respondió Winn—. Iré a

preguntarle si desea hablar con usted.

El sheriff dio media vuelta y penetró en el pasillo de los calabozos, para salir a los pocos minutos sacudiendo negativamente la cabeza.

—Nada. Diist dice conocerle a usted. No quiero detallarle lo que opina de su persona. Pero pierde usted el tiempo, senador. Diist sólo hablará con el presidente. Clarkson enrojeció al oír esto.

—¡Les pesará! ¡No me conocen bien!

—Lo siento. Sin embargo, dentro de poco hemos de celebrar el juicio, en casa del juez Wisley. Como público, y si lo desea, podrá asistir al proceso.

—¡Esto es inaguantable! ¡Soy un enviado del Gobierno y pertenezco al Congreso de los Estados Unidos!

—¡Nosotros pertenecemos al pueblo de los Estados Unidos! —exclamó uno de los leñadores, en la entrada de la cárcel, blandiendo el rifle amenazadoramente.

—¡Me bastaría decir una sola palabra para barrer del mapa este lugar! —insistió el senador.

—Dígala y será usted el primero en arrepentirse de haberla dicho.

—¡Están todos ustedes dominados por ese monstruo procedente del espacio o del infierno! —rugió Clarkson—. ¡No son libres! ¡Esto es histeria colectiva, hipnosis, rebeldía intolerable!

—Perfectamente. Vaya y dígle eso al presidente —contestó Vinn—. Y dígle algo más. Si Diist es declarado inocente del delito que se le acusa, será puesto en libertad... ¡Y me agradaría mucho que se fuera a otro país con su astronave a ofrecer sus

servicios!

»Debe usted saber que ha devuelto la vida a dos personas y que viene en son de paz y no de guerra.

—¡No quiero discutir más! Si antes de una hora no entregan a ese individuo a las autoridades militares, ¡lo lamentarán!

Parecía ser la última palabra del senador, porque salió hecho un basilisco, para dirigirse a la casa del señor Conway, donde tenía el coronel Granger su puesto de mando.

Una hora más tarde, empero, no sucedió absolutamente nada.

* * *

A las once en punto, en un grupo compacto de hombres armados, formado por doce hombres en total, Winn y sus colaboradores salieron de la oficina, rodeando la extraña figura plateada del uránida.

Inmediatamente, las tropas que rodeaban el lugar realizaron un repliegue, para interceptarles el paso. El coronel Granger, provisto de megáfono, gritó:

—Es inútil, sheriff. Tengo órdenes terminantes de no dejarle pasar. Si dan un paso más, ordenaré abrir fuego... ¡Y créame que lo sentiré profundamente!

—No se preocupe, sheriff —habló Diist, en medio del grupo de ciudadanos—. Sigamos. No dispararán.

Los hombres no se amedrentaron y prosiguieron su marcha hacia la barrera de soldados.

En aquel instante, sobre el casco escafandra de

Diist surgió como un destello... ¡Y las tropas que obstruían el paso desaparecieron como por arte de magia!

El resto de los soldados, atónitos al ver desaparecer a sus compañeros, quedaron sobrecogidos. Nadie osó mover ni una pestaña.

—¡Fuego contra ellos! —rugió el coronel Granger.

Los soldados no obedecieron la orden. Nadie se movió, excepto el grupo de hombres que rodeaba a Diist, y que avanzaba por el centro de la calle, en sesgo, hacia la mansión del juez Wisley.

Cuando hubieron pasado el lugar que antes ocuparon los soldados desaparecidos, éstos surgieron de nuevo, de la nada. Algunos, sin embargo, se desmayaron del susto.

Ahora, gran número de personas se unía al grupo del sheriff, y pronto formaban una masa humana de más de doscientas almas, que se agolpaban ante la mansión del juez, pugnando por penetrar en el interior, donde iba a celebrarse el proceso, ¡no contra un extraterrestre, sino a su favor!

Todo obedecía a un acuerdo tomado entre el sheriff, el juez Wisley, el comisario Quincy, el propio Diist y otros, a fin de proteger, en lo que pudieran, los intereses de Canyon Creek, y los de Diist, al que todos consideraban un ser altamente superior.

Diist sólo aspiraba a que el presidente viniera a conversar con él. Ni más ni menos. El caso, sin lugar a dudas, era importante. Y, al final, pese al despliegue de tropas en todo el territorio, el presidente habría de acceder, o, al menos, eso era lo que esperaban todos.

Para conseguir este objetivo, se convino hacer un juicio a Diist, acusándole de rapto, con el propósito de retenerle en Canyon Creek legalmente, mientras la noticia se extendía por todo el mundo.

No cabía duda, y en la Casa Blanca ya estaban convencidos de ello, que se trataba de un uránida auténtico, y no de un embaucador. Pero esto representaba un tremendo peligro. La pretensión de Diist podía obedecer a móviles inconfesables. Los intereses de infinidad de empresas e instituciones particulares y públicas estaban en juego.

A nadie se le escapaba que si Diist era un ser perteneciente a una raza mucho más avanzada, su influencia sobre todos los países de la Tierra sería incalculable, e, incluso, poseía poder para modificar estatutos considerados como inmutables.

Se trataba, en suma, de una delicada cuestión, que hizo funcionar el teléfono privado entre la Casa Blanca y el Kremlin, para decidirse inmediatamente una reunión urgente y extraordinaria del Consejo de Seguridad de las Naciones Unidas.

Ni siquiera el Gobierno de los Estados Unidos estaba seguro de lo que debía hacerse con el uránida. La responsabilidad era muy grande, pese a que el ejército se había responsabilizado de la seguridad de Diist, aunque en Canyon Creek se recibieran continuamente órdenes contradictorias, que hacían bailar la cabeza del coronel Granger.

Una de estas órdenes había sido la de atacar la oficina del sheriff y destruir al uránida. La orden estaba firmada por el jefe de operaciones militares

especiales del Pentágono, y la rúbrica era del jefe de división C. G. Strongber..., ¡al que nadie conocía en Washington!

Por otra parte, agentes de la CIA, SS y FBI, trataban de llegar a Canyon Creek, pero fueron interceptados por el ejército, que bloqueaba los caminos y carreteras. Tales hombres, entre los que había periodistas, reporteros gráficos y enviados especiales de las más importantes cadenas de T.V., intentaron todas las tretas conocidas y por conocer, para llegar a Canyon Creek, ¡y hasta hubo alguien que lo logró, escondiéndose en el interior de un carro blindado! Pero la mayoría no pudo pasar.

El único que alcanzó el pueblo, un periodista llamado David Lenn, hizo una entrevista a Jack Nathan, pagándole cinco mil dólares en un cheque. De haber sido Jack más avisado, o seguido los consejos de su padre, habría podido obtener más de cien mil dólares, porque los intereses informativos que Lenn representaba habrían pagado sin rechistar, por una primicia como aquélla, lo que les hubieran pedido.

Por su parte, David Hillcott, de la oficina de correos y teléfonos, estaba cruzado de brazos, porque las líneas con Canyon Creek habían sido cortadas.

Así, cuando Lenn quiso sobornar a un oficial de comunicaciones, para enviar su reportaje a Nueva York, fue detenido.

Y, mientras, en la sala de justicia, en casa del juez Wisley, se iniciaba el proceso más sensacional de todos los tiempos, y la única concesión especial que se permitió —¡por lo que pudiera ocurrir!— fue la

instalación de una magnetoscopio, a fin de conservar las palabras , de Diist.

Todos los asistentes al proceso estaban seguros de que el uránida haría revelaciones sensacionales. No podía ser de otro modo.

CAPITULO VIII

El magistrado golpeó la mesa con la maza de madera y exclamó:

—Silencio. Ya han escuchado la acusación. Tiene la palabra la defensa. ¿Quién es su defensor, señor Diist?

—Yo mismo, Su Señoría. Me considero culpable del rapto de Diana Wisley, aunque debo alegar que no pretendía causar a la joven ningún daño y, por otra parte, que ignoraba estar cometiendo un delito.

—Perfectamente. Aceptado el alegato. Pero el desconocer las leyes no le exime de su cumplimiento. ¿Tiene algo más que decir?

—No, acataré el veredicto.

—Correctamente. Así, para abreviar, este tribunal le considera culpable y le sentencia a un año de cárcel.

—¿Qué parodia es ésta? —gritó el senador Clarkson, abriéndose paso entre la gente que invadía la sala—. ¿Qué es lo que se proponen hacer aquí?

—¿Con que derecho interviene usted en un proceso que no le atañe? —increpó el juez, severamente.

—Intervengo en nombre del Gobierno —repuso Clarkson—. Lo que están haciendo aquí es una comedia estúpida.

Hablando ásperamente, el senador se había acercado adonde estaba Diist, quien destacaba extraordinariamente entre los individuos que le rodeaban.

—¡No tiene usted ningún derecho a inmiscuirse en el ejercicio legal de mis funciones! —exclamó el juez Wisley, con sequedad.

—¡Naturalmente que lo tengo! ¡Todos me conocen! ¡Pertenezco al Senado! Y he venido a Canyon Creek, comisionado por el primer magistrado de la nación, para hacerles entrar en razón y convencerles del error que cometen al pretender proteger a un individuo de aspecto tan...

—¡Fuera, fuera, fuera! —empezaron a gritar los leñadores, siendo coreados inmediatamente por el resto del público.—¡Tienen que oírme todos! —siguió vociferando Clarkson—. Cometen una imperdonable tontería. ¿Por qué no podemos verle la cara a ese sujeto? ¿Quién es? ¿De dónde viene? ¿Qué se propone?

—Silencio, por favor —habló Diist—. Dejen hablar al representante del Gobierno. Creo que está en su derecho.

Clarkson pareció sorprenderse. Y cuando se hizo el silencio, dijo:

—Gracias, señor uránida. Quería hablar con usted en privado y no me ha sido posible. Sin embargo, no me importa hacerlo aquí, en público. ¿Está usted dispuesto a contestar a todas las preguntas que le formularé, en nombre del Gobierno de los Estados Unidos?

—Sí —respondió Diist—. Nos hallamos ante un tribunal. Mis palabras quedarán registradas ante la ley. Sólo diré la verdad.

Clarkson sonrió. Dominaba la dialéctica y esperaba vencer a Diist, confundiéndole y desacreditándole delante de todos los rústicos leñadores que le defendían.

—¿De dónde ha venido?

—De Seederg, el planeta que ustedes llaman Urano.

—¿Para qué?

—En misión especial de reconocimiento. Pero sufrí una avería y me ordenaron entrevistarme con el presidente de este país, al que traigo un mensaje de paz y amistad.

—¿Qué mensaje es éste? .

—Sólo puedo dárselo al presidente.

—Yo estoy aquí en representación suya. ¿Por qué no me lo da a mí y yo se lo transmitiré?

—Usted es un embaucador, que utiliza su prestigio, adquirido con engaños, para encumbrarse. Estoy examinando su mente, señor William Clarkson. Usted no ama al pueblo, ni siquiera a su país. Sólo ama sus cada vez más crecidas cuentas corrientes. Y yo puedo demostrar aquí, delante de todos, que ha robado, engañado, estafado y hecho chantaje.

—¡Mentira! —gritó Clarkson, descompuesto.

—Demostraré lo que digo —dijo Diist—. Por favor, miren todos hacia esa pared.

Diciendo esto, Diist extendió la mano hacia el muro situado detrás del juez Wisley, en donde

apareció un rectángulo de vivos colores, como si de una proyección cinematográfica se tratase, en la que aparecía un amplio y suntuoso despacho. Detrás de una mesa, se hallaba sentado William Clarkson, fumando un grueso cigarro. Ante él, de espaldas, había un hombre, bajo y grueso, vestido de oscuro, con una carpeta abierta en las manos.

—Les explicaré a todos el significado de esto —habló Diist—. Esa escena ocurrió exactamente el día 6 de abril de 19..., en casa del senador Clarkson.

Al escuchar la fecha, el senador pareció tambalearse.

—¡Eso es un truco cinematográfico! ¡Es falso, completamente falso! —gritó Clarkson, desafortadamente.

—El hombre que está con él se llama Eddie Mowery —continuó diciendo Diist.

—Nooo! —chilló Clarkson, tratando de apagar la voz del otro, sin éxito.

—Debo aclarar que esa escena la estoy extrayendo de la propia mente del senador Clarkson. Así empezó un fraude que arruinó a varios hombres importantes. ¡Y fue una vulgar estafa política! ¿Quiere que continúe, senador Clarkson? Voy a empezar a mencionar nombres.

—No... Me voy... Diré al presidente que venga a verle a usted... ¡Haga desaparecer esa película del muro! Diist hizo un gesto, y la proyección desapareció.

—De acuerdo. Salga usted para Washington y diga al presidente que le espero en Canyon Creek.

—Sí, lo haré —dijo Clarkson, retrocediendo,

trémulo y sudoroso.

La gente no había comprendido del todo. Pero muchos dedujeron que Clarkson había sido desenmascarado. Por ello, cuando salió del edificio, un tremendo abucheo fue tras él.

—Que nadie tenga en cuenta mis palabras —dijo entonces Diist—. Yo poseo medios para conocer la verdad absoluta de los hechos de los hombres. En mi mundo, no es posible ocultar nada a nadie, por eso somos casi perfectos.

»Mi raza es mucho más antigua que la de ustedes. Pero mis antepasados sufrieron los mismos males que ahora sufren aquí. Tuvimos desaprensivos, aprovechados y codiciosos, gente ruin y abyecta, que pretendía vivir a costa de los demás. Pero la ciencia y la técnica, fueron desterrando aquellos males.

»Ahora, en Seederger se vive en paz, Somos justos y sinceros. Nadie puede utilizar la mentira ni el engaño, porque poseemos medios perfectos de protección.

»Dije antes que mis superiores habían decidido entrar en contacto con los habitantes de este planeta, a fin de proteger todo el sistema solar de vuestros actos irresponsables. Sabemos que las ciencias avanzan y llegan a límites peligrosos, incluso para vuestra propia seguridad. Es como si viéramos a un niño jugando con un arma de fuego dentro de un polvorín.»Por eso, la Junta Suprema de Seederger, convino en que, para dentro de algunos años, era preciso establecer el contacto que ahora estoy realizando yo.

»Nos hemos visto obligados a adelantar un poco los acontecimientos, gracias a un accidente sufrido por mi

nave. Necesito ayuda para reparar una batería de Inxg. Con los diseños y las explicaciones que facilitaré a los físicos de ustedes, se podrá reparar la avería.

»Una vez logrado eso, volveré a Seederg, donde debo asistir a la gran fiesta conmemorativa del nacimiento de nuestro sistema planetario. Antes de irme, dejaré instrucciones al presidente de los Estados Unidos para que celebre una reunión especial en las Naciones Unidas, con el fin de modificar la estructura político-social de este mundo.

»Todos tendréis que aceptar mis proposiciones y preparar vuestras mentes y costumbres para el nuevo período que se avecina.

»No intervendremos en vuestros asuntos personales. Pero se os comunicará lo que debéis hacer y cómo debéis hacerlo. Es por el bien colectivo de toda la humanidad.

»Todo será por vuestro bien. Se os hará extraño, por ejemplo, saber que vais a vivir, de momento, diez veces más que ahora, aunque el tiempo sea un factor puramente hipotético. No tendréis más que unas leyes básicas y fundamentales, y nadie os las podrá imponer, porque todos seréis lo suficientemente aptos para comprender que no se puede actuar de otro modo.

»Seréis absolutamente libres, pero no para hacer lo que se os antoje, sino para cumplir la misión que os corresponda y no para hacer que la cumplan los demás.

»La justicia será total y definitiva. Todos seréis iguales, como lo somos nosotros. Pero quien no esté de acuerdo con su físico o su mente, podrá modificar

ambas cosas.

»No os faltará el alimento, ni la ropa, ni nada. Todos tendréis lo que podáis necesitar. Nada será de nadie, y la propiedad desaparecerá como patrimonio de minorías.

»Todo esto es básico. Los cambios se realizarán paulatinamente y las ordenadoras se cuidarán del control exacto.

«Nosotros os ayudaremos a realizar el cambio. Os guiaremos hacia el progreso y la perfección. Daréis un salto adelante en el camino de la cultura. Nadie sufrirá enfermedades, ni opresión...

Mientras Diist hablaba, todos le escuchaban atónitos. Cuanto decía era extraño, asombroso e increíble. Pero todos, hasta el más iletrado, comprendieron la verdad, ¡lo que Diist estaba diciendo era imposible!

Fue precisamente Jack Nathan, quien osó preguntar:

—¿Y merecerá la pena vivir en tales condiciones, señor Diist?

—Sí. La vida no nos pertenece. Es del Supremo Hacedor. Estamos aquí todos para perfeccionar el espíritu. Lo que nosotros haremos será daros nuestros conocimientos físicos, nuestra cultura.

—¿Y seremos iguales que usted? —insistió Jack.

—No, naturalmente. Nuestra morfología es diferente.

—En ese caso, ¿quién es mejor o peor, más perfecto e imperfecto? ¿O seremos iguales alguna vez?

—Te entiendo, aunque no hables con razón —

repuso Diist—. Vosotros sólo sois iguales entre sí.

—Eso es imposible. Yo no soy igual que el sheriff Winn. El es más viejo, más sensato, más enérgico. Y no creo que nadie, ni nada, pueda hacerme igual a una mujer, a un bebé o a un enfermo mental. No soy igual que un tigre, ni un elefante...

—Te apartas de la cuestión básica, Jack —replicó Diist—. Empecé diciendo que no estáis preparados aún para el cambio de mentalidad. Por eso no podéis comprender estas diferencias. Todo habrá de lograrse paulatinamente.

—Nadie podrá modificar en nosotros una mentalidad que hemos heredado de nuestros antepasados. Para hacer eso sería preciso resucitarlos a todos e igualarlos a nosotros. Volver a empezar desde el principio. —Jack avanzó hacia Diist, gesticulando—. Yo he muerto y vuestra ciencia me ha devuelto a la vida. Admito eso. Pero sigo siendo el mismo de antes. Siempre seré igual que ahora, hasta mi muerte definitiva, en que dejaré de ser lo que soy.

»Puedo amar a una mujer, pero no las puedo amar a todas. Nuestros límites son físicos. ¿Cómo nacéis vosotros?

La pregunta debió desconcertar a Diist, porque tardó más de lo habitual en él en responder.

—Nosotros fuimos, en principio, hijos de padre y madre. Pero de eso hace miles de años. Luego, se nos formó en el laboratorio, anulándose así las imperfecciones.

—¿Y queréis que seamos perfectos, siendo, como somos, imperfectos? ¿Qué os induce a inmiscuirlos en

nuestras vidas?

—Instinto de conservación. No venimos a conquistar nada. Sólo os queremos favorecer.

—Eso dices, y puede que sea cierto. Yo así lo he pensado, al ver las cosas maravillosas que haces —dijo Jack, con sencillez—. Sin embargo, empiezo a comprender, ¡y a temer!, que tu embajada no nos beneficiará, sino que nos perjudicará.

—¿Por qué dices eso, Jack Nathan?

—Nosotros no adivinamos el futuro, pero lo presentimos. Todos cuantos habernos aquí, empezamos a temer muchos inconvenientes en estas relaciones. Hemos tratado de protegerte, utilizando nuestras leyes imperfectas. Creemos que eres bueno, pero al modo de tu mundo, y no al nuestro. ¿Sabes lo que entendemos en este mundo por un hombre bueno?

—Sí, Jack. Te comprendo. Y tienes razón. Pero estoy seguro de que después del período de transición que se impondrá, todo será distinto.

—No accederá nadie —dijo Jack, seriamente—. Estoy seguro. Y lo mejor que nos puede ocurrir es que te marches y nos dejes vivir a nuestro modo.

»Y si yo fuera el presidente de esta nación, te diría: "Gracias, Diist. Puedes volver tranquilo a tu planeta. Jamás nuestras bombas atómicas perturbarán la quietud eterna de tu mundo. Podéis seguir con la perfección de vuestra ciencia, con vuestros disparatados métodos, porque nuestros destinos no se entrecruzarán jamás. El universo es demasiado grande... ¡Y nosotros somos demasiados pequeños, pero distintos!

»Eso es lo que yo diría si fuera el presidente. ¡Y, seguramente, lo que te dirá él, si viene a verte! ¡Y no le podrás contestar, como no puedes contestarme a mí. ¿No es cierto?

—Sí, Jack; no puedo contestar. Tienes mucha razón. Nosotros hemos conseguido la perfección casi absoluta, que repartimos entre un número constante de seres. No hay sitio para nadie más. Así ha de ser siempre en nuestro mundo. Jamás progresaremos por encima de lo que ahora somos.

«Cometimos el error de pensar que vosotros no llegaríais a más. Y puede que nos sobrepaséis, incluso. Pero también os podéis destruir.

—La vida debe tener incógnitas, Diist. Vivir es riesgo de muerte, es valor, decisión, saber elegir. Nos podemos equivocar, pero somos libres de inclinarnos a un lado u otro, en cualquier momento. En eso se basa la existencia.

«Nosotros confiamos en Alguien que está más allá, muy por encima de todas las ciencias. Pero hay algo más, Diist. ¿Sois felices?

—Sí, a nuestro modo, por supuesto.

—Vuestro modo no es el nuestro.

—Creo que el joven Nathan tiene razón —intervino el juez Wisley—. Jamás había escuchado retórica mejor argumentada. ¿De dónde has sacado esas ideas, Jackie?

—De aquí, señor —respondió el joven, golpeándose el pecho—. Del corazón. No tengo mucha cultura, pero sí corazón. ¡Y Diist es como una máquina de pensar, sin corazón!

Algunas voces se alzaron entre la gente. La verdad empezaba a ser comprendida. Pero era una verdad a medias.

Jack Nathan, convertido en portavoz de la humanidad, añadió:

—Que nadie proteste. Este ser de otro mundo no es un enemigo. Pero no es como nosotros, ni lo será nunca. Tampoco es malo, ni bueno.

»Puede que dentro de algunos siglos, nuestros descendientes lleguen a poseer un concepto moral semejante al suyo, aunque no lo creo. Nosotros no lo poseemos.

»Y por todo lo expuesto aquí, creo que debemos facilitarle los medios para que repare su nave y regrese a su mundo, llevándose nuestra respuesta: no queremos aceptar imposiciones de nadie.

El sheriff Winn, sonriendo, añadió:

—No has podido expresar mejor nuestros pensamientos, Jackie. ¿Qué haríamos nosotros en un mundo como el que nos ofrece Diist?

El uránida también tenía algo que decir:

—Veo que las exploraciones que hemos realizado durante siglos no han servido de nada. Resulta que no os conocemos. Hemos cometido un tremendo error y me temo que algo grave va a ocurrir.

»Expondré la realidad ante mis superiores, si puedo volver a Seedergr. Es una suerte que os hayáis dado cuenta a tiempo. Nosotros, en verdad, ignorábamos esa cualidad positiva de la desigualdad humana.»¿Qué haréis ahora?

—Debemos encerrarle de nuevo y aceptar la

decisión del Gobierno —estimó el juez Wisley—. ¿Le parece bien, Diist? El Gobierno es el único que puede ayudarle.

—Perfectamente —aceptó Diist—. Acepto el veredicto de este tribunal.

—Antes de retirarse, ¿puede hacer volver a mi hija? —preguntó el juez.

—Sí, naturalmente. Le comunicaré que abandone mi nave y regrese con ustedes.

—Gracias, Diist... Sheriff, puede llevarse al detenido.

* * *

Poco más tarde, Rocky Winn informaba al coronel Granger:

—El uránida está a disposición de ustedes, coronel. Un joven nos ha convencido. Hemos abierto los ojos a la realidad. Lamento profundamente lo sucedido. Creíamos estar haciendo un favor a la humanidad.

—Lo estaban intentando, sheriff —respondió Granger—. Yo he sido testigo. Debo decirle que yo también he faltado a mi deber. Se me ordenó arrestar al uránida y no lo he hecho.

»Pero acabo de recibir una orden conminatoria, que me ha sido cursada por el propio secretario de Defensa. Creo que se ha decidido en la Asamblea Extraordinaria de las Naciones Unidas... ¡Tengo órdenes ineludibles de exterminar a ese uránida!

—¡No haga usted eso! ¡Es preferible dejarle marchar!

—Yo no puedo desobedecer la decisión de todos los representantes de los pueblos de la Tierra — declaró el coronel—. Si no cumplo la orden, seré destituido y procesado en consejo de guerra... ¡La ONU cree que ese ser representa un peligro para toda la humanidad!

—¡Es mejor dejarle marchar! ¡Se le pueden facilitar para irse! ¡Destruirle sería fatal!

—La orden es terminante. Escuche, sheriff. Admito que Diist no es peligro para nosotros. Así lo he comunicado al secretario de Defensa. Estoy tratando de ganar tiempo, para eludir la orden.

»No sé lo que va a ocurrir, pero nada se puede hacer contra la decisión del Consejo de Seguridad. Si yo no ejecuto esas órdenes, vendrá otro y las cumplirá.

—En ese caso...

—¡No hay caso! He podido escuchar todo cuanto se ha hablado en casa del juez Wisley. Apruebo la rectitud y la justicia de lo expuesto por el joven Nathan, que parecía poseer inspiración genial. Y me admira la rectitud con que lo ha comprendido Diist. Ese individuo es un ser superdotado; pertenece a un mundo maravilloso y distinto, que debemos admirar y "tratar de superar. Pero toda nuestra civilización está basada en la ley. Y las leyes, que emanan del mandato divino, las debemos acatar, para bien o para mal.

—La ley ha de ser respetada siempre —corroboró Winn.

—Avisemos a Diist. Es lo que menos podemos

hacer por él.

—Sí, eso haré. ¿Quiere venir conmigo?

—Como guste —asintió el sheriff—. Después de todo, está a mi cuidado. ¿Qué hará usted?

—Disparar contra él en cuanto asome por la puerta.

—¿No hay otra solución?

—No, no la hay. El debe conocer la sentencia.

Después de dudar un instante, Rocky Winn dijo:

—Se lo diré. Luego, le pondré en libertad. Que él tome el camino que más le convenga.

—No se preocupe, sheriff. Si causamos algún desperfecto, lo repararemos.

Winn no respondió y se alejó, caminando despacio, como abatido, en dirección a su oficina. Parecía como si fuera él quien tenía los minutos contados.

CAPITULO IX

Diana Wisley fue detenida al salir de la invisible nave. Un grupo de soldados la rodearon, mientras un suboficial llamaba al capitán Meredith.

—¿De dónde viene usted? —preguntó el oficial. — De ahí. Aunque no se vea, ahí una astronave de grandes dimensiones. He estado ahí dos noches. Ahora, me han ordenado salir.

—Todos nosotros hemos tocado un objeto metálico.

—dijo el oficial—. Sabemos que se trata de algo que no podemos ver. ¿Ha permanecido usted dentro? ¿Por dónde ha salido?

—Por aquí. Venga. Entre conmigo.

Diana situó al oficial exactamente donde se encontraba la escotilla. Pero al extender la mano, su semblante se alteró.

—¡La compuerta se ha cerrado, señor!

—¿Cerrado? .

—Ha debido cerrarse después de salir yo.

—Será mejor que vayamos al puesto de enlace. Sargento, vigilen atentamente. Dentro de poco, los helicópteros dejarán caer una red metálica sobre ese objeto invisible. Conviene no perder de vista su contorno.

La tropa, a pesar de lo insólito de la misión que cumplían, se comportaba con ejemplar disciplina.

El capitán Meredith acompañó a Diana al furgón de comunicaciones y llamó por radio al puesto de mando. Le contestó el propio coronel.

—Hemos hallado a una joven junto al objeto invisible, señor. Parece ser que existía una compuerta.

—Meredith se volvió a Diana—. ¿Cómo se llama usted?

—Diana Wisley.

Meredith repitió el nombre y la orden del coronel fue:

—¡Traiga aquí a esa joven, capitán!

—Sí, señor.

El oficial acompañó a Diana hasta un *jeep* que había en las inmediaciones. Al ayudarla a subir, preguntó:

—¿Cuándo entró usted en esa... nave?

—Anoche, señor. Burlé la vigilancia.

—¿Por qué lo hizo?

—Me lo ordenó Diist. .

—¿El uránida? ¿Y qué ha estado haciendo ahí toda la noche? ¿Qué hay en su interior?

—Hay objetos rarísimos. Diist quería saber el futuro. Me indujo a poner en marcha un inversor de tiempo. Es como un televisor que proyecta lo que va a suceder mañana. ,

Con incredulidad, Meredith preguntó:

—¿Y qué va a ocurrir?

—Diist va a morir.

El oficial no pudo contener una sonrisa burlona.

—¿Lo sabe ya él?

—Creo que sí. Ha debido estar leyendo mi mente.

—¿Y cómo va a morir?

—Le matarán ustedes. Le he visto salir de la destruida oficina del sheriff. Las ametralladoras y los cañones de los tanques disparaban contra él.

—¿Y qué más? —insistió el capitán Meredith.

—No he visto nada más. La pantalla se apagó al caer Diist. Deduje que, siguiendo su futuro, al morir él concluía todo. Su traje espacial quedó desgarrado por las balas... ¡Yo lo he visto! ¡Es algo impresionante!

Diana ocultó el rostro entre las manos y rompió en llantos. ,

El oficial puso el jeep en marcha y no dijo nada. Para él también resultaba todo muy extraño.

—Gracias, señor Diist. Espero que el presidente acceda a darle ayuda —dijo Jack Nathan, que había ido a la oficina del sheriff a despedirse del uránida.

—No lo hará. Lo sé. Quieren librarse de mí —contestó Diist—. Han decidido mi aniquilamiento.

—¡No! —exclamó el joven, atónito.

—No te preocupes. De todos los seres de este mundo que he conocido, tú eres el mejor. Te felicito sinceramente. Tienes que librarte de tu innata timidez y serás un gran hombre. Delante de ti hay un espléndido porvenir... ¡Tú no podías morir!

El ingeniero Mulligan también se encontraba allí, así como el padre de Jack, a quien informaron de lo ocurrido con su hijo, de quien no quería apartarse ni un segundo.

Mulligan pretendía que Diist le diera instrucciones para fabricar la pila de Inxg.

—Tengo un amigo ingeniero en la Westinghouse. Quiero ayudarle, Diist.

—No, Mulligan. Ya es inútil. Gracias, de todos modos. Quieren ejecutarme. Así lo han acordado todos los representantes de las Naciones Unidas. El sheriff lo sabe y yo también.

»Y tengo curiosidad por saber si eso es posible. En Seederg ya están informados. Diana Wisley, inconscientemente, ha comunicado con mis superiores.

»Siento curiosidad por saber si mi muerte es posible. Se supone que soy invulnerable, porque mi naturaleza es distinta a la vuestra.

—¿Y vas a dejar que te maten sin hacer nada por defenderte? —preguntó Jack..

—¿Qué puedo hacer? No he venido a causar daño. Ahora, empero, parece que estoy aquí para recibirlo. Que nadie se preocupe por mí, amigos míos. Lo "único importante es que todos hemos actuado de acuerdo con nuestras propias conciencias y convicciones.

—No le harán daño, Diist —dijo Mulligan—. Puede usted escapar. Esos soldados de ahí fuera no representan ningún peligro para usted.

—No, sin duda... Si quisiera, podría desarmarlos a todos. Pero no lo haré. Les ruego que me dejen solo. Debo concentrarme y tratar de establecer contacto mental con mis semejantes.

Seth Nathan fue el primero en abandonar la oficina, llevándose a su hijo. En la calle vieron detenerse el jeep en donde venía Diana Wisley.

Jack corrió hacia la muchacha, sin que pudiera ser detenido por los soldados.

—¡Jackie! —exclamó Diana, emocionada, echándose en sus brazos.

No tuvieron reparo alguno en besarse públicamente. Ambos parecían haber envejecido mucho en las últimas horas. La influencia de Diist les había afectado de modo muy directo.

—Intenté reunirme contigo en la astronave, Diana —dijo él—. Pero me dispararon. Dicen que fui muerto y que Diist me ha devuelto a la vida. No me ha sucedido nada.

—¡Diist va a morir! —exclamó Diana, de pronto—. Yo lo he visto. Será hoy mismo.

Efectivamente, el coronel Granger acababa de recibir una orden nueva, terminante y decisiva... ¡Y estaba firmada por el propio presidente de los Estados Unidos!

Un oficial de comunicaciones acababa de entregársela en el instante en que el capitán Meredith llegaba al pueblo con Diana Wisley.

Fue por causa de aquella orden que el coronel Granger tomó un ametrallador y fue a reunirse con el mayor Brewster y otros oficiales.

—¡Orden de evacuar el pueblo inmediatamente! — anunció Granger en tono ominoso—. Mayor Brewster, cumpla esa orden en el acto. Yo voy a ver al sheriff.

Seguido de los oficiales, el coronel cruzó la calle y se acercó a la puerta de la oficina de Rocky Winn, quien se encontraba en el porche, con Mulligan y Quincy.

—¿Qué ocurre, coronel? —preguntó el sheriff, al ver la hosca expresión del militar.

Sin responder, Granger preguntó:

—¿Dónde está Diist?

—Ahí dentro. Desea estar solo. No entre.

—Debo cumplir una orden —masculló Granger, amartillando el ametrallador.

Penetró en la oficina, y encañonó a Diist, que se encontraba en el centro del despacho, como esperándole.

—¿Ya sabe a lo que vengo, Diist? —preguntó roncamente.

—Sí. Márchese ahora —repuso el uránida.

—No puedo. Lo siento, Diist... ¡Lo siento en el alma!

Al decir esto, Granger apretó el gatillo del arma. Un reguero de balas saltó hacia el uránida... Pero todos los proyectiles se aplastaron ante lo que parecía una invisible barrera.

Atónito, Granger retrocedió.

—¡Déjeme cumplir la orden! ¡No tengo más

remedio que hacerlo!

—Todavía no, coronel. Aguarde unos minutos — contestó Diist—. Trato de averiguar si tengo alma.

Granger no le escuchó. Saltó fuera y gritó a los hombres que continuaban ante la puerta:

—¡Fuera de aquí! ¡Márchense, pronto!

Lo imperioso de la orden hizo obedecer a los tres hombres, que echaron a correr, mientras Granger les seguía, gritando a sus oficiales:

—¡Fuego! ¡Destruid ese edificio! ¡Fuego todas las baterías!

Todo Canyon Creek pareció estremecerse ante el impacto del grito tantas horas contenido. Ya había terminado todo, incluso la razón. Sólo parecía existir una verdad incuestionable: ¡la Tierra trataba de defenderse contra seres extraños, y lo hacía con las únicas armas que tenían a mano!

Ametralladoras y cañones ligeros abrieron fuego atronadoramente, mientras los hombres del mayor Brewster se apresuraban a evacuar el pueblo lo más aprisa posible.

Un muro de carros blindados se cerraba en torno a la oficina del sheriff de Canyon Creek. También se disparaba con ametralladoras desde varios puntos a la vez.

Las explosiones lanzaban al aire ladrillos y tablas, envueltos en polvo. Puertas y ventanas se desmaterializaban bajo la lluvia de proyectiles.

En pocos minutos, todo el edificio quedó convertido en un montón de escombros. Y fue entonces cuando apareció la figura plateada,

tambaleándose.

Pareció, entonces, que el furor de los artilleros se centuplicaba. Un diluvio de proyectiles cayó sobre el alienígena, el cual se tambaleó, agitando los brazos. Se vio perfectamente cómo se desgarraba su atuendo.

Luego, la patética figura cayó entre el polvo y los escombros.

Las armas enmudecieron en el acto. Un silencio ominoso se hizo entonces en el pueblo. Nadie se movía. Centenares de ojos estaban fijos en la postrada y semienterrada figura de plata rota.

El coronel Granger y varios de sus oficiales, todos armados, se acercaron lentamente. Alguien se acercó adonde había caído Diist.

—Quiero ver cómo es, Blake —dijo Granger—. Quítele el casco.

—Sí, señor —respondió el oficial.

Todos le vieron inclinarse y tocar la tela desgarrada. Y percibieron que su mano se hundía en el tejido.

—¿Qué...? ¡Pero...! ¿Dónde está?

El coronel Granger se acercó, asiendo el desgarrado y flácido atuendo plateado. Su mano desapareció entre la extraña tela desgarrada.

—¡Está vacío! ¡Aquí no hay nadie!

Todos habían visto al uránida emerger entre los escombros. Le vieron alzar los brazos y tambalearse, al ser alcanzado por el diluvio de proyectiles. ¡Y, ahora, descubrían que el traje espacial estaba vacío!

¡No se albergaba en él ningún cuerpo!

¡Había desaparecido Diist en el instante de su

muerte o acaso no existió nunca?

Esta pregunta habría de quedar flotando durante mucho tiempo en todo el planeta, como si sobre la humanidad hubiera caído una maldición de la que nadie podría evadirse jamás.

¿Existió Diist?

¿O había sido un espíritu impalpable?

La verdad, posiblemente, no se sabría jamás. Pero, con el tiempo, la pesadilla de Canyon Creek se habría de convertir en una especie de leyenda del futuro, que muy poca gente llegó a creer. ¡Todo había sido tan increíble!

FIN

SORTEO DEL
MILLON

PISO Y COCHE O UN

MILLON

Editorial Bruguera S. A., se complace en ofrecer a sus lectores de España la oportunidad de participar en un gran sorteo que puede convertirle a Ud. en propietario de un MAGNIFICO PISO Y UN MODERNO COCHE o si lo prefiere de UN MILLON DE PESETAS.

Lea atentamente las siguientes instrucciones y bases, envíenos debidamente cumplimentado el cupón que hallará en la última página y... ¡BUENA SUERTE!

INSTRUCCIONES Y

BASES DEL SORTEO

Corresponderá el premio al participante cuyo cupón coincida con el número que

obtenga el primer premio de la Lotería Nacional del día 25 de agosto para todos los cupones recibidos hasta el 12 de agosto y con el que coincida con el del día 15 de noviembre para todos los recibidos desde el 13 de agosto al 5 de noviembre.

Fechas de precinto de los cupones recibidos: 24 agosto y 14 noviembre.

Fecha de desprecintaje, de desempate si lo hubiere y entrega de los premios: 27 agosto y 16 noviembre.

Sólo podrán participar en este sorteo las personas residentes en cualquiera de las provincias españolas, quienes podrán mandar tantos números como cupones reúnan.

Los empleados de Editorial Bruguera S. A. no pueden participar en este sorteo»